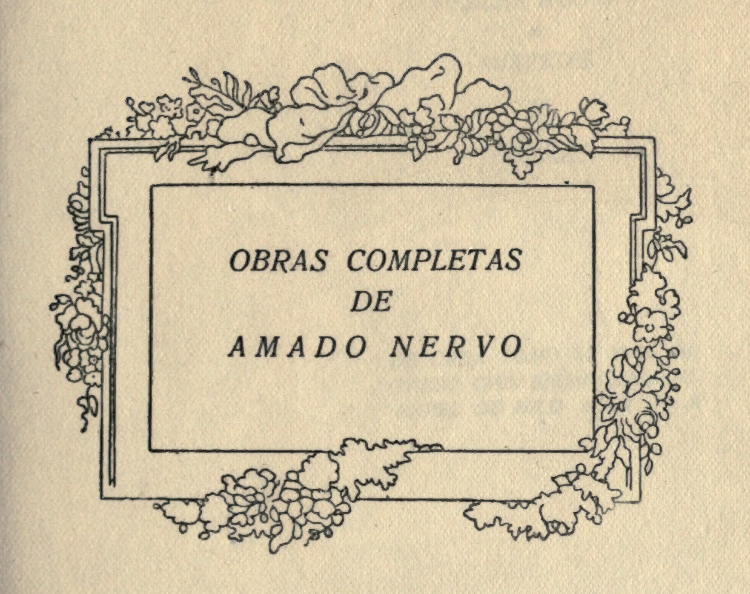

3 1761 04944957 2






OBRAS COMPLETAS
DE
AMADO NERVO

TOMOS PUBLICADOS

I

PERLAS NEGRAS

❧

MÍSTICAS

II

POEMAS

DE CADA TOMO SE HAN IMPRESO CIEN EJEMPLARES EN PAPEL DE HILO ❧ ❧ ❧ ❧




TEXTO AL CUIDADO DE
ALFONSO REYES
ILUSTRACIONES DE MARCO


OBRAS COMPLETAS DE
AMADO NERVO — *Volumen* II

POEMAS



BIBLIOTECA NUEVA — MADRID


LIBRARY
JUN 1 7 1973
UNIVERSITY OF TORONTO


AMADO NERVO

I

CIERTO día, Manuel Gutiérrez Nájera entró en la redacción de un periódico de México leyendo el *Azul* de Rubén Darío.

Era un cuarto amplio, de paredes encaladas y desnudas, y, en el fondo, un ventanal de vidriera empolvada, que abierto a poca altura del piso, dejaba ver la verdura marchita del pobre jardincito que se extendía dentro de la reja de palo podrido, a la entrada de la casa. Allí, precisamente, en la puerta de *El Partido Liberal*, vi por primera vez al poeta. Fué en el año de 1894. Cierro los ojos y contemplo, como en aquel instante, la figura escuálida del joven: el cuerpo de estatura mediana, que parecían alargar lo enjuto de las carnes, lo largo de las piernas, lo huesudo del busto, y un levitón negro, de corte clerical, que imprimía carácter al personaje; la cabeza, de rostro terso, palidez

amarillenta y aguileñas facciones marcadamente españolas; angulosa la nariz, delgados los labios y un bigotillo recién salido, más por retardo de la naturaleza que por adelanto de la mocedad, pues el espiritado muchacho representaba haber pasado ya de la edad en que el «Rafael» de Lamartine se asemejaba al bello Sanzio de Urbino. Coronaba el conjunto una melena obscura y lacia sobre la cual un cansado sombrero de seda lanzaba, de mala gana, sus opacos reflejos. Al abarcar la total imagen, despertaba ésta, desde luego, la impresión de que nos hallábamos frente a un seminarista provinciano. Yo me acuerdo de los movimientos un poco desmañados, de los ademanes un poco zurdos, de la mímica nerviosa que sorprendí, desde los primeros momentos de trato con el recién llegado a la redacción del periódico. Hablaba, pronunciando de una manera especial las palabras, cantándolas con la típica acentuación que distingue a las gentes del interior de la República mejicana. Y si me acuerdo de los movimientos y de la voz, no olvidaré, no podré olvidar nunca las dos cosas que me revelaron al soñador: la mirada dulce y vagarosa, que, cuando se detenía, tornábase intensa y honda, y se encendía en luz abismal, y

las manos gesticulantes, expresivas, que se contraían en rápidas crispaturas o se abandonaban en languideces y desmayos elocuentísimos, siguiendo la fulgurante e inagotable verbosidad del poeta.

Porque el mozo que aparentaba una discreta timidez, iba adquiriendo lentamente confianza y resolución y mostrando la potencia persuasiva de los educados en el ágil pugilato de la dialéctica. En efecto, aquel ingenuo y simpático garzón era un seminarista, era un provinciano, era un poeta. Lo acogimos todos con aspavientos cariñosos, lo vimos con impertinencia, lo escuchamos con atención risueña. Entró en el alharaquiento compadrazgo del regocijo y en la santa hermandad de la esperanza. Iba a la metrópoli como el héroe de la opereta: en busca de felicidad y de gloria. Había escrito en las hojas de la provincia. Traía mucho aliento, mucha perseverancia, y un tomo de versos inéditos. Se sentía, como el infortunado cantor de las *Rimas*, con algo divino dentro de la frente. Se llamaba Amado Nervo.

Pronto se hizo admirar de los elegidos. El talento le salía a flor de piel. Su imaginación abría ocho alas, como los ángeles de Tissot. Su oído, de sensibilidad ideal, le permitía escuchar inauditas suti-

lezas prosódicas y rítmicas. Pero su originalidad, su encanto, no estaban ahí. Esas cualidades, esas peculiaridades, se escondían en su extraña manera de sentir la belleza. Pensaba en las flores que le recordaban el altar; en las nubes del cielo que le avivaban la visión de las volutas de incienso que, hacia la bóveda del templo, ascendían cargadas de cánticos; en las voces lejanas que llegaban a él con rumor de oraciones; en las arcadas coloniales que le traían a la memoria los corredores de su seminario; en las músicas melancólicas que le empañaban con lágrimas las pupilas. Experimentaba nostalgia de las sillerías labradas; de las casullas recamadas de oro; de los misales de pasta realzada; de los cirios de llama moribunda; de los cuadros de fondos ennegrecidos. Espolvoreaba la amenidad de sus pláticas con citas de latín eclesiástico. Se sabía al dedillo las sentencias de Kempis. A veces, cuando rememoraba, ponía en su acento una unciosa tristeza que empenumbraba la claridad de su pensamiento, que se entreveía como el jardín de un claustro durante una puesta de sol. Tenía sus horas de taciturno, después de sus medias horas de locuaz. Era un tanto reconcentrado y misterioso, al margen de sus intempestivas expansiones.

II

Era la crisálida de una mariposa inmortal. Era el brote de un gran espíritu de artista; la espiga de una próvida inspiración.

Amado Nervo entró en la Poesía como en dominada comarca: avasallando formas y rindiendo preceptos. Nació, como todos los predestinados a realizar las maravillas del arte, con el instinto del gusto. Y también nació con la virtud suprema de la sinceridad. Sus últimos libros no son sino el progresivo crecimiento de sus libros primeros. En *Místicas* y en *Perlas negras* está el germen de *Serenidad.* Es el de Amado Nervo un temperamento místico que no ha sufrido alteración, sino depuración. Ahora es más diáfano porque el dolor de vivir se ha encargado de ir puliendo facetas en ese diamante que día por día se hace más luminoso.

Los pasos iniciales de Nervo en la literatura marcan la cualidad conquistadora, la vencedora: el carácter. Una voluntad muy firme, una fe muy profunda, un ideal muy alto, y con estas tres energías el genio de Nervo se puso en marcha. De la puerta

de aquella redacción en donde le conocí a la puerta de la gloria a la cual ha llegado, el camino se tendió difícil, tortuoso, quebrado, con bien encubiertas trampas y precipicios. Todos los salvó este luchador. En México supo abatir envidias y levantar admiraciones; en París supo ir por el barrio latino del brazo de dos camaradas peligrosos: la Miseria y el Vicio, sin que una u otro mancharan la albura de sobrepelliz de su conciencia. A todas partes llevó su resignación, su bondad y su amor. Lo acompañó siempre la mansedumbre de un ensueño puro. Puso en verso adorable las aventuras dolorosas de su espíritu.

Mas no por eso dejó nunca de ver la realidad y de compenetrarse con ella. En este contemplativo con ensimismamientos de éxtasis, vigiló de continuo un reflexivo con atenciones de observador. Y esta dualidad, esta mezcla de tan diversas actividades, no es extraordinaria: recordemos al arquetipo, a la Doctora de Avila.

Amado Nervo, soñador, escritor, diplomático, ha recorrido los senderos de la vida, sin perder un solo momento, ni en el momento de las grandes penas, su voluntad de ir por encima de las cosas, mas sin perderlas de vista. Posee el gran poeta un

alto sentido humano esclarecido por la ansiedad divina del más allá.

De ahí que su obra tenga extensión y tome amplitud y adquiera universalidad. De ahí que sea tan americano y tan español y tan continental y tan extracontinental. Es un hombre que lleva el alma herida por la tristeza, por el infortunio, por la muerte, y que se queja en voz baja y llora sin amargura porque tiene la seguridad de su liberación y de su ascensión.

El versificador estupendo que ha dado flexibilidades inconcebibles y músicas recónditas al idioma; el imaginador y plasmador de metáforas que deslumbran y emocionan como el sol de un atardecer; el confidente emotivo y delicado que deslíe sus melancolías en un ensueño sideral, y unta con ungüentos de piedad los corazones transverberados, y es sensitivo y caballeresco, activo y místico, laborioso y extático, es un verdadero representativo, una existencia simbólica digna del homenaje de la admiración y de la ofrenda del amor.

Luis G. Urbina.

1915.



I

POEMAS BREVES

1894-1900



I

MAGNA VOCE PER UMBRAS

Un barco: tan singular
que finge a la mente incauta
la visión de un sueño nauta
peregrino del azar.

De su prora, si el bregar
del viento no las ahoga,
surge una voz que interroga,
surge otra voz que responde:
una voz que inquiere: ¿dónde?
y otra voz que ordena: ¡boga!

Hincha rugiendo el titán
Atlante su ola fiera
como un gran vientre que fuera
a parir a Leviatán;

y entre los soplos que van
combando el mar que se azoga,
surge una voz que interroga,
surge otra voz que responde:
una voz que clama: ¿dónde?
y otra voz que ordena: ¡boga!

Pobre espíritu que avanza
con su galera por los
oceanos, hacia un Dios
y un ribazo que no alcanza!

Vanamente su esperanza
con el abismo dialoga!

Surge una voz que interroga,
surge otra voz que responde:
una voz que gime: ¿dónde?
y otra voz que ordena: ¡boga!



II

LÁ-HAUT...

¡Cómo olvidar la cauda de sus cabellos blondos!
cómo olvidar su frente nevada y misteriosa!
cómo olvidar sus ojos tan tristes y tan hondos,
que siempre parecían pensar en otra cosa...

Cómo olvidar lo inmenso de su melancolía!
La vida no le daba más que nostalgia y ceños:
—«Yo soy la desterrada perenne, me decía,
mi patria es un planeta que miro mucho en sueños.»

«¡Adónde iré en la tierra que no esté pesarosa!
Ya todos los caminos conocen mi coturno;
yo soy como un instinto que espera alguna cosa,
yo escruto el horizonte como romera ansiosa
que aguarda en las riberas del piélago su turno.»

«Ha tanto tiempo ¡tanto! que yerro distraída
pidiendo en extranjeros idiomas hospedaje,
sin que al llegar me digan jamás: «Sé bien venida»,
sin que al partir me digan: «Que tengas un buen viaje.»

«¿Por qué no me refugias en tu alma de vidente?
Me han dicho que los astros su luz copian en ella:
si dejas que yo asome la faz como a una fuente,
quién sabe si en las noches veré pasar mi estrella!»

«Devuélveme a mis santas riberas, a mis lagos
de amatista, a mi pálida estrella silenciosa.»
¡Cómo olvidar sus ojos tan tristes y tan vagos,
que siempre parecían pensar en otra cosa!



III

MÁS ALLÁ

MÁS allá del cedro por el sol cribado,
más allá del monte por la nieve hopado
que los frescos valles custodiando está,
más allá.

Más allá del aire cuyas nubes puras
gráciles erigen sus arquitecturas,
más allá.

Más allá del Cosmos, forjador potente
de mundos y soles, que en resplandeciente
fuga de oro y plata, desgranando va,
más allá,

Tristemente radia mi quimera hermosa,
siempre inaccesible, siempre luminosa,
más allá...



IV

LA HERMANA MELANCOLIA

En un convento vivía
una monja que pasaba
por santa, y que se llamaba
la hermana Melancolía:
fruto de savia tardía
que olvidó la primavera
su rostro de lirio era,
y sus pupilas umbrosas

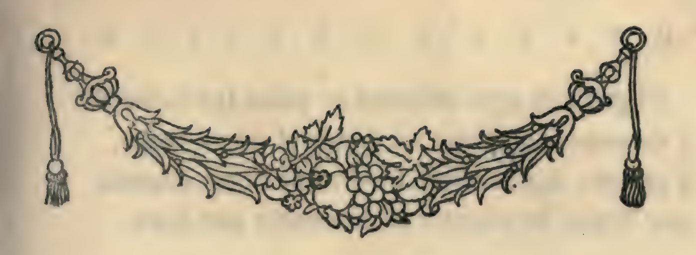
dos nocturnas mariposas
en ese lirio de cera.

Nadie la vió sonreir,
porque quiso, en su entereza,
ennoblecer de tristeza
la ignominia de vivir;
tan sólo cuando, al morir,
miró la faz del Señor,
arrojando su dolor
como se arroja una cruz,
mostró en su frente la luz
de un relámpago de amor.

Y aquella monja sombría
que nunca se sonrió,
cuando en su cripta durmió
sonreía, sonreía...

Hermana Melancolía:
dame que siga tus huellas,

dame la gloria de aquellas
tristezas, ¡oh taciturna!
Yo soy un alma nocturna
que quiere tener estrellas.



V

«LES OISEAUX S'ENVOLENT ET LES FLEURS TOMBENT»

¡Qué niebla tan discreta! ¡Qué paz tan oportuna!
Yo soy la sola sombra que vaga por la acera
soñando, por quién sabe qué afinidad, con una
convaleciente joven de palidez de cera.

Con una noble virgen de algún país sombrío,
en cuyos senos, domos de santidad, nevados
por todas las purezas, durmieran ¡ay! su hastío
mis treinta años cual treinta romeros fatigados...

El gris y el sepia alternan en todas las consuntas
y escuetas ramazones en donde el cierzo brega,
y se oyen dondequiera fru-frus de hojas difuntas
que fingen *las pisadas de una mujer que llega.*

Es lívido el paisaje y el cielo sucio; en su ancha
concavidad ni un oro, ni un nácar, ni un reflejo
denuncian a la luna que surge como mancha
de aceite en un inmenso papel de calca viejo.

Los ábregos modulan su lastimera nota,
los altos edificios parece que dormitan;
allá, lejos, muy lejos, la gran ciudad borbota,
y aquí, en redor, gimiendo, los árboles tiritan.

II

Quebrando la hojarasca que el viento cruel arranca,
se acerca una hermanita que marcha distraída.
Con sus azules ropas y su corneta blanca,
semeja una plegaria que cruza por la vida.

¡Qué dulces son sus ojos! ¡qué castas sus liliales
y luminosas manos! ¡qué nívea su corneta!
¡y cómo se armonizan con estas otoñales
tristezas los contornos de azur de su silueta!

Te miro y me contemplas, ¡oh hermana que padeces
por otros, oh custodio de ajenas agonías!
¿Qué somos en el mundo tú y yo? Dos palideces:
tú tienes tus enfermos y yo mis nostalgías...

Tú vas melificando las penas con divinas
piedades, flotas como la palma en los martirios;
¡oh pobre santa, tú eres el *lilium inter spinas*
y yo... yo soy acaso *la espina entre los lirios!*

III

Las savias tienen tisis, los vientos tienen asma;
ya no hay brisas que canten ni pájaros que troven,
apenas si en las sombras algún piano fantasma
desgrana una inefable sonata de Bethoven.

Comienzan las veladas en rededor de una
lumbre cordial, en tanto que el cierzo tose afuera,
y yo me alejo al claro grasiento de la luna,
soñando, por quién sabe qué afinidad, con una
convaleciente joven de palidez de cera.



VI

LUCIÉRNAGAS

I

CHUT! geniecillos, qué empeño
de hablar si el poeta calla!
Estaba enhebrando un sueño
y me habéis roto la malla...

Poniendo a la charla cotos
remendad mi malla trunca.
—Amigo, los sueños rotos
ya no se remiendan nunca.

II

—Bardo, ¿cuál es tu estandarte?
—Muchos son los que enarbolo.
—¿Qué mentor ha de guiarte?
—Ninguno: en amor y en arte
me deleita viajar solo.

III

¿Al nacer llamas fortuna?
¡Ah! la cuna sólo es
un ataúd al revés,
y el féretro es una cuna.

La diferencia consiste
en que la cuna, mi dueño,
es un ataúd risueño,
y el féretro... es cuna triste.

IV

Viajas de incógnito y sola:
mas yo sé quién eres ya:
¡Tonta! ¿no ves que te está
denunciando la aureola,

y los perfumes que exhalas
y tus cándidos asombros?
¡Vamos, tápate los hombros,
que se te asoman las alas!

V

Pelear como Jacob,
cantar como Anacreonte,
reir como Xenofonte,
lamentarse como Job,

embelesar como Armida,
navegar como Jonás:
¡eso es vida!... Lo demás
es limosna de la vida.

VI

Tus ojos: clara piscina
donde abreva el ideal.
Tu mirada: un madrigal
de Gutierre de Cetina!

VII

Una tarde, en mi sendero,
tuve un encuentro imprevisto:
me encontré con Jesucristo,
el divino limosnero.

El limosnero divino
lleno de melancolía
parecía, y parecía
muy cansado del camino.

—¿A dónde vas, Señor? y
—¡A París!, me respondió.
—A París... a París... no,
¡Señor, no vayas allí!
... ¡Mas Cristo despareció!

Encontrándole después:
—¿Qué hallaste? dije; y Él:—¡Les
perdono! Llegado apenas,
hallé muchas Magdalenas
y ungieron todas mis pies.



VII

REBELIÓN

Ni preceptos, ni pragmáticas, ni cánones, ni leyes:
nací esquivo, tú lo sabes, y ni doy ni exijo pauta;
mi melena es tanto como las coronas de los reyes:
no hay Dalila que la corte... Déjame tocar mi flauta.

¿Cortarías por ventura la radiante cabellera
de mi amado, el sol eterno, mi Absalón, con tu tijera?
¡No por cierto! ¿Callarías de los vientos el acento?
¡No por cierto! Pues habiendo viento y sol en mi pradera
mi melena tendrá nimbos y mi flauta tendrá viento.

¿Que aun hay aire? ¡pues yo soplo! Bellas instrumentaciones
vas a oir con el concurso de la tórtola, que incauta
está en medio del ramaje goteando sus canciones.
¡Yo soy fuerte, yo soy libre!
Déjame tocar mi flauta.

VIII

MADRIGAL HETERODOXO

DEJA que mi canto brote
para ti como un arrullo
y en tu redor vibre y flote.
Depón, marquesa hugonote,
tu austeridad y tu orgullo.

Soy hidalgo, amarte puedo
si eres hidalga también:
mis mayores con denuedo
siguieron a Godofredo
luchando en Jerusalén.

Si tú entre las damas sueles
preponderar, vive Dios,
yo privo entre los donceles;
si ostentas muchos cuarteles
yo tengo sesenta y dos.

¿Que tu padre combatió
con el mío y se dañaron
de diverso fin en pro?
¡Pues amémonos tú y yo
después que ellos se mataron!

¿Temes que el mundo publique
nuestro idilio, murmurando?
Pues yo diré a quien critique:
También el rey don Enrique
amó a las del otro bando.

Y frente al primo de Guisa,
al ir de Lutecia en pos,
dijo con cierta sonrisa:
París bien vale una misa...
Tú, marquesa, vales dos!

Vamos, concede que brote
la voz de mi plectro eólico
y en tu redor vibre y flote...

¡Piedad, marquesa hugonote,
para este bardo católico!



IX

TENUE

Un eco muy lejano,
un eco muy discreto,
un eco muy süave:
el fantasma de un eco...

Un suspiro muy débil,
un suspiro muy íntimo,
un suspiro muy blando:
la sombra de un suspiro...

Un perfume muy vago,
un perfume muy dulce,
un perfume muy leve:
el alma de un perfume,

son los signos extraños que anuncian
la presencia inefable de *Lumen*.

Ay de mí si no advierto
el eco tan lejano,
el suspiro tan íntimo,
el perfume tan vago:

Lumen vuelve a ser hebra de luna,
diluyéndose toda en un rayo!



X

CLAROBSCURO

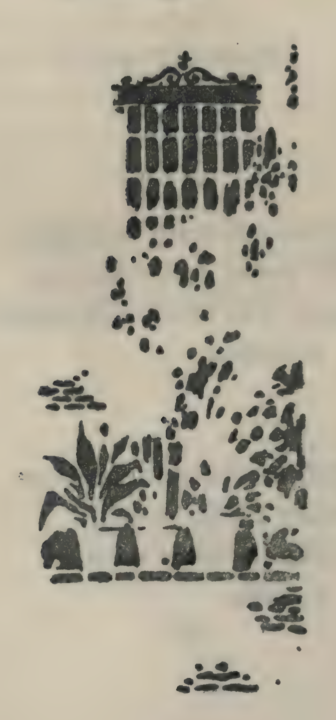
I

GOLONDRINA de bronce refugiada
en la torre mayor de la parroquia,
la campana, en la fresca madrugada,
soliloquia.

Rebujada en el manto de merino
que su rostro mirífico recata,
acude a misa del hogar vecino
la beata.

Pálida de fervores como un cirio,
consumida del celo que la abrasa,
cual pasa una visión por un delirio,
así pasa.

Va temblando de amores a la mesa
donde el manjar divino se divulga:
tan sólo Cristo rey sus labios besa
si comulga.



II

El impuro
que amó su palidez, siguió su huella,
rondó su reja y escaló su muro,
la vió imposible *y se mató por ella.*

Confinada
la campana en su cúbico aposento,
me parece una monja, emparedada
porque su charla disipó al convento.

Y la hermosa,
humillándose al pie del presbiterio,
finge, surgiendo de la nave umbrosa,
un misterio que brota de un misterio.

De hinojos,
todo en ella los éxtasis provoca,
todo en ella es tiniebla: ¡hasta sus ojos!
todo es lívido en ella: ¡hasta su boca!

El impuro
que amó su palidez, siguió su huella,
rondó su reja y escaló su muro,
la vió imposible... *y se mató por ella!*



XI

MI SAINT DENIS

Cariátides enormes, de testas milenarias,
soportan en sus nucas la cripta medieval
que guarda las yacentes estatuas funerarias
de monjes y adalides de gran cepa real.

Allí por siempre moran las viejas canonesas,
al lado el firme báculo y al pecho el áurea cruz,
los áulicos primados, las graves doctoresas,
espectadores mudos de la perenne luz.

Allí sus palmas juntan, en actitud de ruego,
Wilfredo: el rey velludo, Guido, alma de león,
Raúl, el de la roja cimera y negro escudo,
con lises en un campo de gules por blasón.

En ángulo quieto que tenue sombra vela,
tendida, con un perro custodio echado al pie,
serena, casta, inmóvil, está Lady Arabela:
la reina de las trenzas azules de Thulé.

Los mausoleos posan sus moles veteadas
en míticas quimeras, bicornes y uni-aladas,
de arborescentes colas y de ademán flemático,
que escrutan el silencio poblado de pavuras
y clavan en las hoscas y arcaicas esculturas
el dardo de su ojo tranquilo y enigmático.

En las paredes se abren los nichos ojivales
donde, a los besos leves de occidua luz solar
que llueve polen de oro de todos los vitrales,
exhiben los doctores su túnica talar.

San Agustín, flagelo del monstruo maniqueo,
medita en el abismo de la honda Trinidad;
San Pablo, el fiero apóstol, escribe a Timoteo
preceptos ecuménicos de vida y de verdad;

Jerónimo, el adusto doctor, el eremita
de cuerpo esqueletoso, de gran calva senil,
en su caverna brava, junto a la cruz, medita,
forjando su potente dialéctica sutil;

y Magdalena gime a solas con punzantes
dolores: su cabello rizado y blondo cae
sobre sus senos breves, agudos y distantes,
cuyos pezones fingen dos flores rozagantes
en el trigal de oro que el viento lleva y trae.

El domo, excelso amparo de idealidades místicas,
adonde, en asunciones de amor, las preces van,
ostenta entre sus gajos las armas cabalísticas
de Lucas, de Mateo, de Marcos y de Juan.

Los cuatro, en hondos éxtasis, en actitud arcana,
parece que contemplan la esencia soberana
del Logos, hecho carne de befa y de baldón,
y en sus arrobamientos y en su actitud de artistas,
fingen un quator lírico de bardos simbolistas,
que riman los rumores polífonos de Sión...

Cuando la noche llega, velando el hemisferio
del domo con sus gasas de pompa sideral,
las gárgolas, licornios y trasgos del misterio
penetran a la cripta volando en espiral,

Despiertan a los santos doctores en sus frías
moradas de reposo, galvanizando van
los áridos cadáveres, y en lentas teorías
entonan el trisagio tremendo de Isaías,
al isócrono y vago compás de un ademán.



XII

POEMA CALIGRÁFICO

Tú escribes y yo pienso,
y tus caligrafías me dan raros
pensamientos:
Tus *íes* tienen risa,
y tus *equis* se enroscan como garfios
o fingen un connubio de culebras
o la cruz chueca y negra de un penado.

Mientras las epicúreas *pes* ostentan
sus panzas de sochantres, y los trazos

de las *eses* flexibles se dirían
liras rotas, tus *bes* son senos blandos,
negros senos de nubia
para bien reposar...
¡*Hache!* sus santos
lineamientos recuerdan la fachada
de *Notre-Dame*, y son, por un arcano,
el pórtico del nombre
de Hugo, víctor viviente del milagro.

¡Cómo juega tu pluma con las *oes!*
se antoja que es el pico de algún pájaro
que cata pomas en sazón. Qué finos
son los arcos
de tus *emes*, extrañas galerías
para una *I* coronada de Imperátor!
... Escribe, escribe.
Traza estas tres centellas: ¡*yo te amo!*
y subráyalas luego con un beso...
¡Oh, las caligrafías de tus labios!



XIII

PIEDAD

Yo vengo de la noche,
la luz del sol me ciega,
y por eso me abismo en tus pupilas
rogándole a tu amor que no amanezcan.

»Detesto el medio día:
el medio día, Berta,
es un gran loto azul en cuyo cáliz
un pistilo de lumbre centellea.

»La noche es una rosa,
mística rosa negra
salpicada de pólenes plata:
las estrellas.

»¿Ves? El sol como un ojo
inyectado de cólera, me acecha:
¡Oh! deja que me abisme en tus pupilas
rogándole a tu amor que no amanezcan...»

—Mi vida, ya no bebas, te hace daño.
Si me quieres, ven, duerme, ya no bebas.

XIV

NEBULA

Y tu mano infantil, con que deshojas
mis tristezas como una flor obscura!
Y tus labios, que son dos alas rojas
con que vuelan tus besos...
Y tu albura,

tan pura,
que al bañarme en su limbos me parece
que mi propia miseria se emblanquece,
y mira tú si es negra!
... Cuerdo, loco?

Verdad? Devaneo?
Si eres sueño no más, ¿por qué te toco?
Si eres carne, ¿por qué no te poseo?
¡Defínete! Precisa

tu ser: ¿Un ángel? Puedo
hurtarme de las nubes tu sonrisa.
¿Mujer? ¡Entonces ven! Aprisa! aprisa!
Soy huérfano, estoy solo y tengo miedo.



XV

EDELWEISS

Sería en los yermos de blanca Siberia, o del Spitzberg solitario en la inviolada paz. Sobre los témpanos azulados, reverberantes a la luz cobriza de un segmento de sol, levantaría su blanca mole un castillo:

Un castillo de nieve
con almenas de nieve,
rey feudal torvo y frío.

(En el confín la aurora boreal difundiría sus nácares.)

Tú, la castellana, la virgen condesa, adormecida en sueños blancos, ignorada y feliz, inmarcesible flor de las nieves, el prestigioso cáliz abrirías. ¡Qué perfume tan casto en el silencio hiperbóreo desprendieras!

Un perfume suave:
—las estrellas son lirios,—
un perfume de estrellas.

(En el azul la aurora boreal desataría sus rosas.) Labrara mi numen su mejor estrofa: la estrofa virgen, la estrofa eterna, el verbo no encarnado todavía y que flota en el caos de la idea, como Dios sobre el abismo.

¡Qué singular morada!
¡qué ideal moradora!
¡qué penetrante ritmo!

(En el zenit la aurora boreal dardearía sus llamas.)

XVI

REQUIEM DELECTABILE

ENCASTILLÉ mi vida en la tristeza
como en huerto sellado
en que el lirio del sueño reflorece,
en donde un soplo ledo
pasa y mi frente pensativa orea,
impregnado de aroma y poesía.

Oh perenne inquietud de aquellas horas
en que, el amor buscando,

mi fe, cual la verdura de las eras,
iba languideciendo:
no más resurgiréis: hallé mi vía
iluminada por la luz febea.



XVII

MADRIGAL ALITERADO

Tu blancura es reina,
tu blancura reina,

oh nacarada, oh alba como el alba que sus oros
despeina!

Tu piel, oh mi Blanca,
como el ala blanca

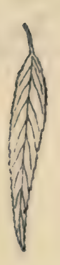
del níveo albatros que adora las espumas, luce franca.

Oh, Blanca de Nieve,
haz que en mi alma nieve
el cándido fulgor de tu imagen casta y leve.

Solitaria estrella,
mis noches estrella
con esa pensativa luz ideal tan bella.

Margarita de oro,
altar en que oro:
la sutil rima brote como brote otoñal,

Y a tu alma se prenda,
y en amor la prenda,
y sea la prenda
de vida inmortal.





II

LÁPIDAS





I

A JOSE MARÍA DE HEREDIA

Tu gloria llena todos los confines
con la luz de su roja llamarada;
tu libro es una crátera sagrada
digna sólo de olímpicos festines.

Son tus versos heraldos paladines
que trotan a bandera desplegada
formando aristocrática mesnada,
y al heroico sonar de los clarines.

¡Oh *altísimo poeta*, quién pudiera
perseguir el albor de tu cimera,
ostentar tu blasón como amuleto,

Y aprisionar con impecable mano
todo el lustre del ritmo castellano,
en la malla ideal de tu soneto!



III

POLICROMIAS





I

MANCHON

CUANDO viene a misar el padre cura
a la nave risueña y aliñada,
penetra con el sol una parvada
de palomas que anidan en la altura.

Desata el piano su oración alada,
y del gótico altar en la blancura
cándida, leve, inmaterial y pura
se levanta la forma consagrada.

Canta entonces el Blanco sus cantares:
son blancos: alas, nave, luz, altares,
hostia, cura senil, incienso vago;

Y en esa nitidez que al hielo enoja,
agresiva, vivaz, llameante, roja,
se destaca la veste del monago.

II

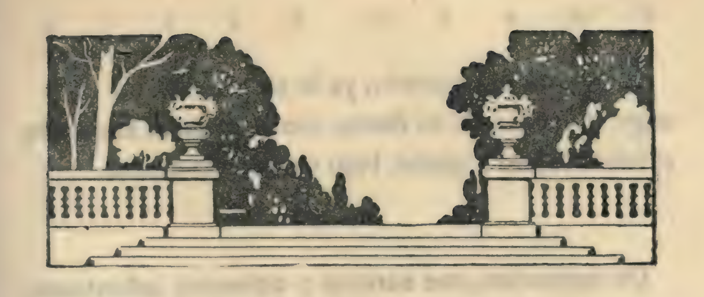
EVENTAIL

FLAMEAN coruscantes las chaquetillas,
la luz sobre las ropas tiembla y resbala,
y fingen pirotecnias las banderillas
y auroras las bermejas capas de gala.

El sol arde en los gajos de las sombrillas,
el clarín su alarido de muerte exhala,
y el diestro, ante los charros y las mantillas,
a la bestia que muge brinda y regala.

En tanto una damita, toda nerviosa,
se cubre con las manos la faz hermosa
que enmarcan los caireles de seda y oro,

y extiende en abanico los leves dedos,
para ver tras aquella reja, sin miedos,
cómo brota la noble sangre del toro.



III

EL MUECÍN

Cual nidada de palomas, se acurruca, se repliega
en los flancos verdinegros de la plácida colina
el islámico poblado; más allá luce la vega
sus matices que semejan los de alfombra damasina.

Como egipcia columnata donde el aura veraniega
finge trémolos medrosos, el palmar en la vecina
hondonada se prolonga. Todo es paz; la noche llega
con la frente diademada por la estrella vespertina.

Es la hora del misterio; ya la sierva nazarita
unge el cuerpo de su dueña con suavísimas unciones;
el fakir, enjuto y grave, bajo un pórtico medita.

De improviso, con sonoras y dolientes inflexiones,
desde el alto minarete de la cóncava mezquita,
un muecín de barba nívea deja oir sus oraciones.

IV

NOCHE ÁRTICA

En el zenit azul, blanco en el yerto
y triste plan de la sabana escueta;
en los nevados témpanos violeta
y en el confín del cielo rosa muerto,

Despréndese la luna del incierto
sur, amarilla; y en la noche quieta,
de un buque abandonado la silueta
medrosa se levanta en el desierto.

Ni un rumor... el Silencio y la Blancura
celebraron ha mucho en la infinita
soledad sus arcanos esponsales,
y el espíritu sueña en la ventura
de un connubio inmortal con Seraphita
bajo un palio de auroras boreales.



V

LAS CIGÜEÑAS

Ya llegaron las cigüeñas a Estrasburgo: en los ariscos
torreones buscan nidos, abatiéndose en bandadas.
Se dirían arrancadas a uno de esos obeliscos
que en poliedros monolitos guardan crónicas pasadas.

Ya el compadre zorro apresta su festín de miel, y sueña
que su amiga la cigüeña, con su pico asaz ingrato,
no podrá clavar las migas en el plato, y la cigüeña
de miel colma un frasco para restituir la miel del plato...

Ya llegaron las cigüeñas a Estrasburgo. No te admires
si las ves sobre una pierna meditando silenciosas,
enigmáticas y enjutas cual colegio de fakires.
Rumian todo lo que saben: Babilonia, Menphis, Helos...
Champolion habló con ellas; son los pájaros abuelos,
y están tristes porque han visto tantas cosas... tantas cosas!


IV
LUBRICIDADES TRISTES
1896





I

ANDRÓGINO

Por ti, por ti clamaba cuando surgiste,
infernal arquetipo, del hondo Erebo,
con tus neutros encantos, tu faz de efebo,
tus senos *pectorales*, y a mí viniste.

Sombra y luz, yema y polen a un tiempo fuiste,
despertando en las almas el crimen nuevo,
ya con virilidades de dios mancebo,
ya con mustios halagos de mujer triste.

Yo te amé porque, a trueque de ingenuas gracias,
tenías las supremas aristocracias:
sangre azul, alma huraña, vientre infecundo;
porque sabías mucho y amabas poco,
y eras síntesis rara de un siglo loco
y floración malsana de un viejo mundo.

II

DESPUÉS

Te odio con el odio de la ilusión marchita:
¡Retírate! He bebido tu cáliz, y por eso
mis labios ya no saben dónde poner su beso;
mi carne, atormentada de goces, muere ahita.

Safo, Crisis, Aspasia, Magdalena, Afrodita,
cuanto he querido fuiste para mi afán avieso.
¿En dónde hallar espasmos, en dónde hallar exceso
que al punto no me brinde tu perversión maldita?

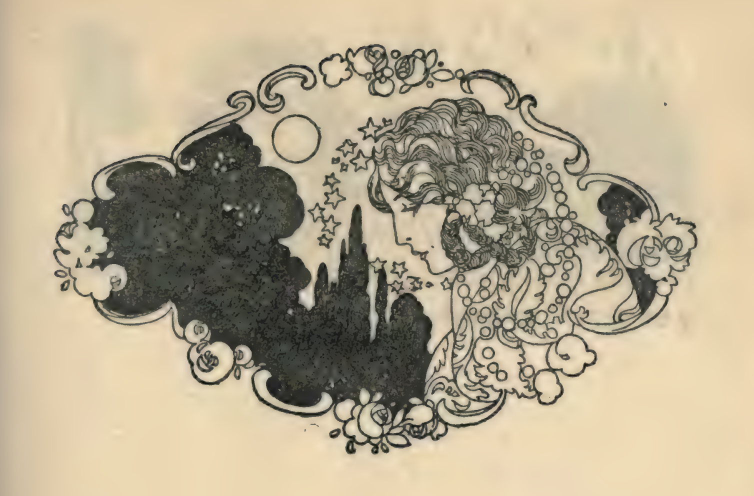
¡Aléjate! Me invaden vergüenzas dolorosas,
sonrojos indecibles del mal, rencores francos,
al ver temblar la fiebre sobre tus senos rosas.
No quiero más que vibre la lira de tus flancos:
déjame solo y triste llorar por mis gloriosas
virginidades muertas entre tus muslos blancos.

V

DE AQUELLOS TIEMPOS

1894-1895





I

GUERRERO Y FRAILE

PASEÓ dondequiera su airón de pluma,
sus mesnadas briosas y sus pendones,
y, sediento de tierras, a cien naciones
sometió al vasallaje que las abruma.

Después, atormentado por el reuma,
que no por religiosas meditaciones,
confinó sus guerreras inclinaciones
en la celda de un claustro lleno de bruma.

Allí, comiendo el blanco pan eucarístico,
vegeta, consumido de tedio místico,
delira del combate con el estrago;
a la voz que le manda llorar su hierro
contesta con taimado: *desperta ferro*,
y en vez de Jesucristo reza a Santiago.



II

DOÑA GUIOMAR

En vano los trotones de abades y guerreros
doblaron la rodilla rindiéndole homenaje,
y en vano sus rondeles cantaron los troveros:
doña Guiomar se muere de amores por un paje.

Por él fingen sus ojos dos húmedos luceros,
por él, bajo los oros antiguos de su traje,
su corazón palpita con entusiasmos fieros,
entraña imperiosa sujeta al vasallaje.

¡Oh! cuántas veces, luego de haber pasado esquiva
ante sus amadores, acércase a la ojiva
donde la luna nimba su cabellera blonda
con un fulgor enfermo, y ante la noche incierta,
mientras los guardias gimen su: *¡centinela, alerta!*
desgrana besos para su paje que la ronda!



III

EL PACTO

Oh mi reina, en un tiempo mi estrofa errática
en loor de tus gracias alzó su vuelo;
mi boca pecadora, cuando la plática
nocturna, de tu boca llegó hasta el cielo.

Los genios de la noche viéronte extática
junto a mí, y escucharon con hondo celo
el fru-fru misterioso de mi dalmática
al rozar tu justillo de terciopelo.

¿Por qué ahora me esquivas?
— Ciño corona;
descender a un hidalgo fuera desdoro:
el desliz de una reina, quién lo perdona!
— Mas... ¿si yo pereciese batiendo al moro
mañana?
— Hoy disfrutaras de mi persona.
— ¡Moriré! — ¿Me lo juras? — Por la cruz de oro
de mi tizona!



IV

GALARDÓN

El ejército enemigo destruyó la barbacana,
ya los fosos se colmaron de cadáveres rivales
y la inmensa catapulta, del estrago soberana,
lanza teas encendidas y granitos colosales.

Los custodios del castillo desesperan; sangre mana
de sus pechos a torrentes, sus heridas son mortales...
Mas asoma de improviso la soberbia castellana
tras la ojiva de una torre, y así dice a sus leales:

—«Defensores, ¡sus! a ellos! Heme juez de vuestro
[brío:
al guerrero más osado, rey haré de mi belleza,
dueño haré de mis primicias, seré suya, será mío...»

Resurgió, cual por ensalmo, de los mozos la fiereza,
y al fulgor del rojo incendio vióse huir con desvarío
las mesnadas agresoras, a través de la maleza.

V

DIXIT REX

Album de Oscar Braniff.

OH Sidi! burlásteme
hurtándote mi garrida
infanta, la más querida
de todas las que engendré!

A la morería te
llevaste a la desvalida
doña Sol (que de mi vida
añosa y mustia, lo fué).

Bien pregona tan villana
acción tu sangre africana;
mas yo juro hasta vengar
mi agravio en tierra de infieles,
no comer pan a manteles
ni con la reina folgar.

VI

EL HÉROE

¿Que caeré? ¡Puede ser! Mas imponente
en mi mudo reproche, iré a la tumba:
nací roca enemiga del torrente,
¡tú sabrás si el torrente me derrumba!

»Erguí mi mole y afilé mi diente,
y el titán, que me odia, ruge, zumba,
culebrea, vacila en la pendiente
y me ensordece al fin con su balumba.

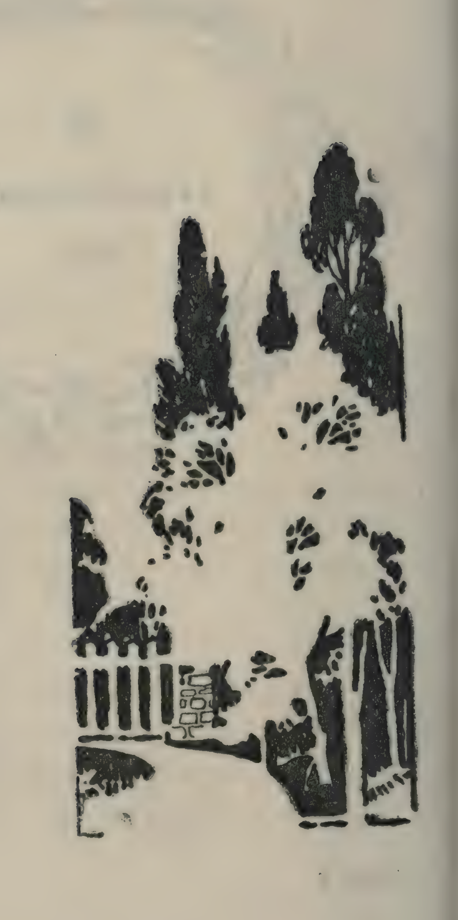
»Mas cuando pasa el aluvión inmenso,
yo estoy de pie y tranquilo, porque pienso
que fuera insensatez, —oh Dios que fraguas
contra cada opresión un heroísmo,—
ponerme como coto en el abismo
para hundirme después bajo sus aguas...»



VI

LA RAZA MUERTA

1896



I

AYER

Con tres genuflexiones los teuctlis abordaron
el trono; cada teucli llevaba su tesoro:
Señor, *mi Señor*, luego *gran Señor*, exclamaron
y fuéronse, agitando las arracadas de oro.

(Era la fiesta santa de Quetzalcoatl.) Llegaron
después doncellas brunas diciendo eximio coro,
y frente al rey sañudo cien músicos vibraron
el teponaxtle, el huehuetl y el caracol sonoro.

(Era la fiesta santa de Quetzalcoalt.) Reía
el pueblo. El Rey en tanto,—sin brillo la sombría
mirada inmensa, como dos noches sin estrellas,—
pensaba en el augurio fatal del *Dios Serpiente:*
«Y entonces, en un vuelo de naves del Oriente,
vendrán los hombres blancos, que matan con centellas.»

II

HOY

ANAHUAC: estadio fuiste de contiendas y pasiones,
mas hoy eres la doncella que orgullosa se levanta
desdeñando el himno rojo de fusiles y cañones,
con la paz entre los labios y el arrullo en la garganta.

De tus hoscas torrenteras ya no surgen las traiciones,
en tus fértiles campiñas el trabajo su himno canta,
y en tus jóvenes ciudades el poder de los millones
multiplica los palacios bajo el oro de su planta.

La razón ocupa el solio de las cátedras tranquilas;
nuestras madres ya no rezan, ya no anidan las esquilas
como pájaros broncíneos en la torre que despueblas.
Triunfa Spencer, muere Aquoin; cae un mundo, un mundo brota...
¡Todo es vida y esperanza!
Solo el indio trota, trota,
con el fardo a las espaldas y la frente en las tinieblas.



VII

LA TRISTEZA DEL CONVERSO

1900





I

EL VIEJO SÁTIRO

En el tronco de sepia de una encina
que lujuriosa floración reviste,
un sátiro senil, débil y triste,
con gesto fatigado se reclina.

Ya murió para él la venusina
estación, Afrodita no le asiste
ni le quieren las ninfas... ya no existe
el placer, y la atrofia se avecina.

Sin estímulos ya, sin ilusiones,
apoya entre los dedos los pitones,
encoge las pezuñas, con marasmo
entrecierra los ojos verde umbrío,
y pasa por su rostro de cabrío
el tedio de una vida sin espasmo.

II

LAS SIRENAS

En las ondas del verde caimanero,
estriadas de luz en áureas venas,
un grupo bullicioso de sirenas
juega y canta su canto lisonjero.

Es la luna de nácar un venero,
y al bañar ese nácar las serenas
extensiones del golfo, de iris plenas,
finge hervores de perlas cada estero.

Dos sirenas del coro se retiran:
se quieren y se atraen; tornan, giran,
se besan en los labios escarlata,
sumérgense abrazadas en las olas,
y resurgen unidas sus dos colas
como una lira trémula de plata.





III

LA FLAUTA DE PAN

En las dóricas noches, diamantinas,
cuando boga Selene por el cielo
como un sol moribundo, y en el suelo
duerme todo: memorias y ruïnas,

Puebla sotos, oteros y colinas
un rumor de infinito desconsuelo,
una música lánguida en que el duelo
treme y llora con gamas cristalinas.

Es la flauta de Pan, hecha de caña
inmortal, porque al dios le plugo en ella
convertir a Siringa en la campaña,
y parece decir su arrullo triste:
«Viandante, une tu voz a mi querella:
si buscas la beldad... ¡Helos no existe!»



IV

EL NUEVO RITO

I

Nemesis, vieja loba, conozco tus desmanes,
tus dientes han mordido mis carnes de granito:
nací con la sonrisa del divo Aristofanes,
y tú la hiciste mueca del pálido Heraclito.

»Yo tuve un culto en Delphos, de luz eran mis manes
hoy negros; era fácil el hoy tedioso rito;
por ti me son hostiles mis padres los titanes
y no hay un sitio para mi dicha en lo infinito.

»Ayer me tuteaban los dioses soberanos,
y yo tiraba besos a Zeus a dos manos,
bebiendo el vino dórico de mi lagar... Mas luego
surgió cual monje estéril el dogma que me aflige,
y el diáfano Pontífice Máximo, que rige
la Iglesia, uncióme al culto del místico borrego.»

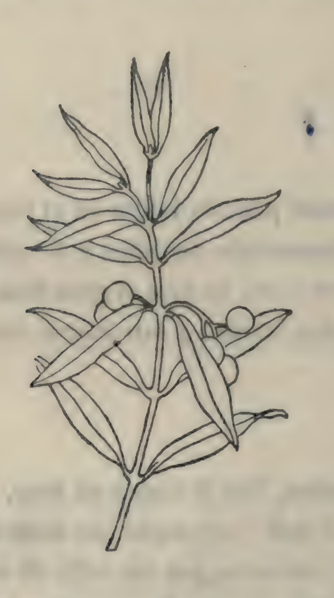
II

«Ayer apenas ¡cuánto fulgor en el paisaje!
qué suave desposorio de mitos y de vidas!
Atado iba con cinta de lino el gran follaje
de mis cabellos rubios, y mis áureas cnemidas

»Al sol ardían. Era la túnica mi traje,
la túnica que deja contemplar las mullidas
pantorrillas, cubiertas por un vello de encaje:
seda y cosquilla al beso de todas las Armidas.

...»Yo unía en mis discursos, con diamantina sarta,
al aticismo heleno la sobriedad de Esparta,
y así, recto era el juicio, sabroso era el conceto;

»Juntábanse en mis actos Platón y Alcibiades,
y siendo bello y grave, tenían mis verdades
con amargor de prédicas, almíbar del Himeto.»



III

«¿Por qué siguió al Olimpo del Gólgota infecundo
la soledad y, en rapto de amores imprevisto,
las razas empuñaron el lábaro de Cristo
que trajo las tristezas al júbilo del mundo?

«¿Qué mal había hecho la vida a ese iracundo
demoledor? Dyonisos amable: hubieras visto
la sangre de tus uvas en el brevaje mixto
del cáliz, y sus hojas servir de pudibundo

«Fajero a las estatuas olímpicas! En vano
radió en defensa tuya la espada de Juliano;
la humanidad trocaba su primogenitura

«Por las lentejas... o por la gloria que se abría;
y yo, ateniense, el sello mostraba en mi tonsura
del Nazareno, esposo de la Melancolía.»

IV

Y el ángel de las almas angustias medioevales,
radió en la ojiva: cara simbólica de asceta
que sueña en las agujas, medita en los vitrales
y llora con los órganos, y dijo así al esteta:

«¿Tristezas? cierto, pero tristezas ideales.
¿Soledad? también cierto, la soledad completa
de Dios; ¿sombras? sin duda, las de las catedrales:
gritos de fe, hechos carne de roca, del planeta.

«Tu Partenón, riente gracilidad, es como
un verso ante el salterio de piedra de mi domo;
tus ánforas son barros con sexo y con deseo;
Platón: utopías blancas; Dionysos: uva y lira...
No tienes más que un héroe sin carne de mentira,
y ese héroe es el emblema de Cristo: Prometeo.»

V

«Muéstrame un lirio, un lirio no más de poesía,
muéstrame un lirio, un lirio tan sólo, y si atesora
siquiera el blanco de tu marmórea teogonía,
en vez de ser un ángel seré una canefora.

«¿Juno? ¡Pecado! ¿Venus? ¡Más pecado! ¿La pía
Niobe, fecunda en besos? ¡No! ¿Elena? ¡No! Ilión llora...
Si un lirio hay en tu Olimpo gemelo de María,
rezando un exametro de miel iré a tu agora.

»Tu albura envuelve carnes en brama de vestales,
mi albura es toca humilde que nieva en los sayales
de cerda, sobre formas exangües e imprecisas.
Tú tienes coribantes, yo monjes; tú alborozos,
yo angustias... Pero el mundo, por ir tras mis sollozos,
ha dos mil años, Jove, que ensordeció a tus risas!»

VII

INSTRUMENTACIONES

1900-1901





I

SONETINO

ALBA en sonrojos
tu faz parece:
¡no abras los ojos,
porque anochece!

Cierra—si enojos
la luz te ofrece—
los labios rojos,
¡porque amanece!

Sombra en derroches,
luz: ¡sois bien mías!
Ojos obscuros:
¡muy buenas noches!
Labios maduros:
¡muy buenos días!

II

PARA ADELINA NÚÑEZ

El viejo rey no quiere que salgas de palacio
para mirar su huerto, mas tú verás si sales
los girasoles de oro, las dahlias de topacio,
las lilas de amatista, las lises imperiales.

El viejo rey no quiere que tu mirada afronte
la luz, más bien te cede, como en tus tiernos días,
las lentas galerías *que forman horizonte*
de arcadas, a lo lejos: las lentas galerías.

El viejo rey no quiere... Mas tú verás si dejas
los muros del alcázar, las rosas, más bermejas
que tus mordiscos, y las violetas más violetas.
Será tu esposo el ángel que tu ideal invoca,
y el alma de los mundos te besará en la boca,
y cantarán tus nupcias divinas los poetas.



III

MADRIGAL CONCEPTUOSO

LAS hostias?—¡Oh, no!—¿El leve
plumón del cisne?—¡Oh, no!—¿La porcelana?
—¡Tampoco!—¿El lirio?—Menos: Es mi hermana
tan blanca como el alma de la nieve.

—¿El orto?—¡Nunca! Llueve en vano, llueve
ante su faz tu nácar, oh mañana.
—¿La eglantina?—¡Jamás! Toda su grana
a emular esos labios no se atreve.

—¿El abismo y sus ojos?—¡Oh, no!: Abismo,
tú eres uno, y son dos sus ojos raros,
y tienen además lo que en ti mismo
no tienes: el ser hondos y el ser claros.

Ánade: son dos ánades sus plenos
hombros. Paros: bien justas con sus senos,
mas en ellos hay rosa y no en ti, Paros.

IV

EL VIOLONCELLO

El violoncello sufre más que el violín; la viola
lo sabe y no lo dice cuando se lo pregunto:
se lo veda la divagación del contrapunto
que su motivo a sabia complexidad inmola.

El violoncello dijo su leitmotiv, y sola
predominó en la orquesta su angustia; mas al punto
los cobres la envolvieron en escándalo, y junto
a sus discretas quejas abrieron la corola.

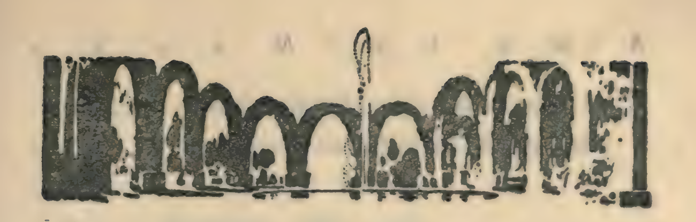
El violoncello sufre más que el pausado trío
cordal que glosa su alma (¿verdad, Rubén Darío?)
y será salvo a causa de sus penas divinas;
mas seguirá llorando su aspiración ignota,
mientras que en el pentágrama de Dios no haya una nota
que por él morir quiera coronada de espinas.

IX

IMPLACABLE

1895





IMPLACABLE

I

Quién te trajo? ¿qué impulso misterioso
te arrojó a mi camino? ¿qué potencia
infernal te mostró mi obscura vida
y te dijo: Ahí está, tómala y hiérela?

¿Qué destino sañudo, qué destino
acopló tu existencia y mi existencia?
Yo fuí como árbol joven, en mis ramas
escherzó sus arrullos filomela

y colgaron sus nidos las alondras
y sus mieles labraron las abejas.

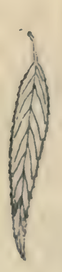
El sol doraba a fuego mis follajes,
la luna con sus luces macilentas
nacaraba mis frondas satinadas,
el viento descrenchaba mi cimera.

Mas naciste a mis pies, germen maldito,
y creciste a mi amparo, infame yedra,
y enredaste a mi tronco tus bejucos
y prendiste festones dondequiera.
Yo dije: Es una hermana; que se acoja
a mí, que se difunda, que florezca!
Y pronto, con tus tallos trepadores,
tentáculos floridos de famélica,
me exprimiste la savia de la vida,
me chupaste los jugos de las venas.

¡Oh pulpo! Y lo peor es que te amaba,
que aunque la voz de mi razón austera:
«Apártala de ti, me repetía,
¿no ves que te estrangula y te envenena?»

No la quise atender. Estaba solo
y tú me acompañaste; mi alma era
ignorante y sencilla, y le dijiste:
«¡Analiza, investiga, canta, crea!»

Sí, te amaba, te amaba sobre todas
las cosas...; bandolera!
me atraían tus ojos, esos ojos
dilatados cual mares sin riberas,
esos ojos tan negros y tan grandes,
con pestañas tan grandes y tan negras.



II

Una tarde llegaste a mi retiro;
yo miraba los montes y las selvas
y con voz que era un eco, me dijiste:
«¿Qué miras, qué meditas, en qué piensas?»
«Pienso, te dije, en la bondad del cielo
que la vida creó: la vida es buena.»
«La vida, respondiste, es un engaño;
la muerte es un ensueño y una tregua;
para morir se nace, y en la tumba
se duerme un solo instante y se despierta.»
«¡Se despierta! ¿y por qué?»
«Porque nos llaman
otra vez las angustias, la contienda,

y es preciso acudir a su llamado».
«¿Y después?» «Otra muerte nos espera.»
«¿Y después?» «Otra vida.» «¿Y cuándo acaba,
respóndeme, por Dios, esa cadena?»
«Su postrer eslabón está muy lejos!»

«¡Pero en dónde remata!» «¡Es tan inmensa
la escala evolutiva, aquella escala
que el beduíno Jacob en sueños viera!»
. . . . Sentí al oírte
la fatiga del bólido que brega
en medio del espacio, y busca límite
que detenga su giro y no lo encuentra;
la fatiga que sienten de seguro
en su ronda inmortal Paolo y Francesca,
la fatiga de tantos eslabones,
la fatiga de tantas existencias,
y se hizo en mi espíritu la noche,
una noche de estigia sempiterna.
Tus ojos la traían, esos ojos
dilatados cual mares sin riberas,
esos ojos tan negros y tan grandes
con pestañas tan grandes y tan negras.

III

(Nota bene: El poeta continúa
su proceso de todos los sistemas,
de todas las obscuras teogonías,
de todas las marañas esotéricas,
de todos los programas positivos
que derrumban altares y desdeñan
la hipótesis de Dios, de todo el triste
delirar de las razas, anestesia
con que aduermen las razas su amargura
de cruzar como sombras por la tierra,
y el romance concluye de la suerte
que verá en breve término quien lea.)

IV

Desde entonces me sigues y es en vano
que me esconda: no hay noche asaz espesa
donde no des conmigo, no hay ensueño
que me arrope ni caos que me envuelva.
Eres tú la que en lo íntimo del alma
con el alma dialoga y la condena,
la que convierte en pan mi eucaristía,
la heterodoxia sin cuartel, la réplica.

Te llamas el *¡quién sabe!* Ese quién sabe
más, ¡ay! demoledor que las trompetas

de Jericó; te llamas el *acaso,*
el *quizá*... y eres ogro de creencias.

Te escapas como el ángel en la lucha
con Jacob, de mis brazos, y forcejas
en la sombra, y atrofias, como el ángel,
tocándolo, el tendón de mi dialéctica.
Multiforme y a veces cariñosa,
si me voy a caer de mi quimera,
tu mullido colchón de escepticismos
extiendes sobre el lodo de la tierra.

No te puedo dejar: ¡estoy tan solo!
No me puedo esconder, porque me encuentras;
no te puedo matar porque me mato,
no te puedo apagar porque me hielas...
Inmortal, ten piedad de mi calvario:
desciñe los tentáculos, ogresa,
que lastimas las llagas de mis plantas
clavadas en la cruz de la impotencia.

Ya no quiero el veneno iconoclasta
de tus libros hinchados que no enseñan

más que a dudar... Escóndeme tus ojos
dilatados cual mares sin riberas:
esos ojos tan negros y tan grandes
con pestañas tan grandes y tan negras...

V

Bueno, es fuerza acabar. Si Dios existe
Dios me puede acorrer. Tú nunca rezas;
pero yo rezaré; tú nunca lloras;
lloraré por los dos; tú nunca sueñas;
pero yo soñaré, porque me han dicho
que soñar es orar. Al fin, lobezna,
vas a ver cómo crujen tus cartílagos
bajo el puño del ángel, y tus vértebras
en los brazos del ángel!
Cristo, Brahma,
Alá, Jove, Adonai, quienquier que seas,
retira de mis labios este cáliz,
Padre ¡ten compasión de mis tristezas!

Solíviame la carga de una estéril
juventud que intoxica la increencia,
o dame una fe tal cual la tenían
los guerreros antiguos en su empresa,
los místicos doctores en su dogma,
los viejos quiromantes en su estrella,
Rolando en Durandal, Ruy en Tizona,
Constantino eu su signo, Magdalena
en su Cristo, Sansón en sus cabellos
y Oberón y Xiphar en sus princesas!

VI

Y *Ella* dice envolviendo en el escándalo
de sus vastas pupilas mi alma entera:
«Dios ha muerto... hace mucho... le matamos
Nietzsche y yo, en el azur y en las conciencias.
Ven, levanta tus ojos al vacío:
¿qué ves?»
«La vía Láctea, sementera
de soles...»
«No por cierto: es *su* cadáver,
el cadáver de Dios en las esferas!»

VII

Y al decir estas cosas naufragaba
mi razón en sus ojos de tinieblas:
¡Esos ojos tan negros y tan grandes,
con pestañas tan grandes y tan negras!





X

TRILOGÍA

1898





I

TRILOGÍA

Para Jesús E. Valenzuela.

CABALGUÉ tu corcel:
La gran estepa
se produjo ante mí, jamás hollada,
y huí con la carrera de Mazeppa,
manchando la extensión inmaculada.

Agonizó la tarde blandamente,
mas la luna surgió de lo lejano
muy débil, como un sol convaleciente,
lloviendo palideces sobre el llano.

Cabalgué tu corcel:
Una campaña
se extendió ante mis ojos: la cizaña
folgaba entre la mies toda maltrecha,
y una inmensa falange allí cautiva,
se inclinaba, buscando, pensativa,
con inútil esfuerzo la cosecha.

Hablar pensé con el enjambre triste;
pero tú, mi Señor, apareciste
y me dijo tu boca suspirando:
—Calla y sigue; tu rostro los conturba.

Dejé un rayo de amor sobre la turba,
y seguí cabalgando, cabalgando.

De la gran lejanía
un castillo surgía.
Por más que al éter empinó su torre,
nunca pudo mirar la luz que alegra,
y era negro, tan negro que en su negra
mole se hubiera ennegrecido el día.

Quise parar, mas exclamaste: corre!

Vi empero tras los muros de granito
un grupo de doncellas; demandaba
un rayo de verdad al infinito,
y el rayo de verdad no se le daba.
Y llena de fervores,
mi alma que siempre difundirse supo,
otro rayo tomó de sus amores
y lo arrojó llorando sobre el grupo.

Cabalgué tu corcel; pero mi paso
limitó inmenso río. En sus riberas
una grey de almas tristes pretendía
beber el agua azul de las quimeras,
mas el agua corría...

Y sollozando de dolor sincero,
otro rayo de amores, el postrero,
arrojé a la tantálica teoría.

Al llegar al albergue ya seguro,
yo estaba opaco todo, todo obscuro,

pues di la claridad de mis consuelos;
mas ¡oh Sueño! tú al punto me dijiste:
—Toma, ¿quieres más luz?
Y me la diste
para seguir iluminando duelos.

Yo guardo estas visiones en la urna
de mis grandes piedades, porque ansío
que sobre aquella prole taciturna
florezca el alba de tu faz, Dios mío!




XI
EL PRISMA ROTO
1898



EL PRISMA ROTO

POEMA EN ÉGLOGAS

SÍMBOLOS

EL AMADO.—LA AMADA.—LAS VENDIMIERAS.—EL POETA.
EL VALLE.—LAS MONTAÑAS.—LA MUSA.

INTRODUCCIÓN A LAS ÉGLOGAS

EL AMADO

Frente a frente de un sol glorioso que se hunde entre nubes de oro con randas de fuego.

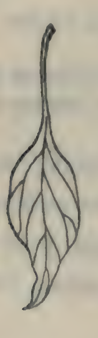
Hero, Laura, Julieta, Margarita,
Ideal... yo no sé tu nombre; pero
sé que debes llegar, y en el sendero
velan todas mis ansias, Virgencita.

Los amigos se mofan de mi cuita;
mas yo, que tengo fe porque te quiero,

les respondo: Hace tanto que la espero,
¿cómo no ha de acudir a nuestra cita?

Sin que el fuego del cielo me acobarde,
escudriñando el horizonte vivo
desde que sale el sol hasta la tarde,

y al cerrar, ya de noche, mi ventana,
murmuro, resignado y pensativo:
—Hoy no pudo venir. Será mañana...



EPISODIO PRIMERO

ÉGLOGA PRIMERA

LA LLEGADA

EL AMADO.—LA AMADA *(a lo lejos).*

Recortándose, toda bella de las nébulas blancas de la mañana, desciende la Amada por la vereda que serpentea.

El Amado la contempla en los límites de la heredad florida y húmeda.

El sol se levanta, coronando el cráneo nivoso de un monte como un fuego votivo sobre un inmenso altar de sacrificios.

Huele a rosas.

EL AMADO

Y te acercas por fin cuando, temprana,
la luz llueve su rosa en los alcores,

y al mirarte venir cantan diana
los pájaros, las fuentes y las flores.

¡Si supieras! Mañana tras mañana,
sin temer del invierno los rigores,
salían a esperarte a la ventana
como novias inquietas, mis amores.

LA AMADA

Voz infinitamente armoniosa, glosada por los nidos que despiertan.

¡Cuánto tardo en mirarte! Los abrojos
atormentan mi paso, dulce dueño,
y siento de llegar tales antojos,

que por verte más pronto, con empeño
delante de mis pies corren mis ojos,
delante de mis ojos va mi sueño.

EL AMADO

Cual rayito de sol, tibio y riente,
penetra tu mirar hasta mis huesos,

y su lumbre disipa todos esos
presagios de terror que hay en mi mente.

LA AMADA

Cual banda de palomas impaciente,
como enjambre de párvulos traviesos,
del nido de mi boca huyen mis besos
al cielo misterioso de tu frente.

EL AMADO

¿Ves? Ya tiembla la luz en las montañas;
¿son acaso tus ojos dos sibilas
que me anuncian el sol?

LA AMADA

¿Por qué lo extrañas?
Muy pronto en nuestras pláticas tranquilas
verás anochecer en mis pestañas,
verás amanecer en mis pupilas.

ÉGLOGA SEGUNDA

LAS NUPCIAS

El Amado.—La Amada.

Bajo el emparrado que forma un alero de esmeralda a la puerta de la rústica morada, y en el que las uvas fingen racimos de ágata, ella se recuesta apacible. El reposa la cabeza en su seno. Ella le pasa por los cabellos las manos afiladas.

Un crepúsculo lila y rosa da tonos augustos al ocaso y va languideciendo, languideciendo hasta morir en la creciente marejada de la sombra en que abejean ya las estrellas.

EL AMADO

Ya estoy en tu regazo. ¡Qué serenos
me contemplan tus ojos! ¡Cuál me inundas
de amor! ¡Qué bien reposo en las rotundas
y blancas almohadas de tus senos!

¡Qué bien parlan tus labios, siempre llenos
de ternura y de vida! ¡Qué coyundas
tan leves son tus brazos! ¡Qué yucundas
tus risas, y tus ósculos qué buenos!

LA AMADA

Ven, amigo, ya es hora del cariño;
la noche con su arcano me provoca,
mi cuerpo se estremece y te desea...

Ven, amigo, desata mi corpiño...
Ven, abreva en el cáliz de mi boca.

EL AMADO

¡Oh, mi noche de amor, bendita sea!

ÉGLOGA TERCERA

LAS VENDIMIERAS

EL AMADO.—LAS VENDIMIERAS.—EL POETA.

Un pintoresco grupo de doncellas, frescas y alegres como una mañanita de Abril, golpea, riendo, con tirsos florecidos, la ventana del aposento de la Amada, donde tiemblan las flores de la yedra.

El Amado entreabre la ventana y habla al coro.

A lo lejos, en divina indecisión de matices, florece el alba como una gran rosa mística.

EL AMADO

Vendimieras rollizas, os conjuro
por lo que más améis... otro momento
dejadla reposar en su aposento
de cañas y de arcillas, inseguro.

Muy ardua fué la noche... Amor es duro
velador, y la sombra su elemento;
¡que duerma! No golpéis con ritmo lento
la frágil palizada de su muro.

¡Dejadla reposar, caterva amiga!
Así el buen San Isidro hinche la espiga,
os dé para la Pascua novios fieles,

cuaje toda heredad de oros opimos,
y de néctares nutra los racimos
y de vino sabroso los toneles.

LAS VENDIMIERAS

¡Dejémosla dormir! Acaso en breve
nuestros novios acudan a la cita,

y en cortejo vayamos a la ermita
coronadas de pétalos de nieve.

EL AMADO

Dejadla, por piedad, que el sueño pruebe;
furtivo es el placer, lenta la cuita;
mañana os seguirá de mañanita
por collados y oteros su pie leve.

EL POETA

Retirándose van las vendimieras
en medio de los oros de las eras;
y se pierden, por último, a lo lejos,

el eco pastoral de sus canciones,
el azul de sus luengos pañolones
y el rojo de sus vivos zagalejos.

Vuelo de palomas blancas hacia el alba.

ÉGLOGA CUARTA

EL AMANECER

EL AMADO.—LA AMADA.—EL POETA.

Pleno claro de sol que entra en haz viviente de átomos de oro al aposento.

La Amada dormita. Su busto surge de la albura de las ropas, como una hostia morena de un copón de plata.

El Amado, de rodillas al pie del lecho, la contempla.

Afuera la naturaleza despierta glorificada por la luz.

EL POETA

Puebla el aire la voz de la campana,
enciéndense los tules de la aurora,
y el capuz de la niebla se colora
y el rumor de los nidos se desgrana.

Entintada de rosa la fontana
espereza su linfa arrulladora,
y el sol, como una gema ignicolora,
se prende en el azul de la mañana.

Al soplo de las auras estivales,
erizan crepitando los maizales
su airón de seda roja en el barbecho
cuajado de topacios y amatistas...

EL AMADO *(a la Amada).*

Amiga, es hora ya de que te vistas:
la luz juega en las ropas de tu lecho.

LA AMADA *(despertando).*

¿Palpé la realidad o desvarío?
¿Es cierto que, al amparo de la noche,
mi cáliz virginal abrió su broche
tremulante de gotas de rocío?

¿Es verdad que te he dado mi albedrío?
¿Verdad que de vivir hice derroche
ayer, y sin cautela y sin reproche,
fuí presa de tus brazos, dueño mío?

EL AMADO

Transición del éxtasis a la meditación.

No intentes definir con loco empeño
tus instantes de dicha transitoria;
que, ante el hondo misterio del pasado,

lo mismo son las dichas que su sueño,
lo mismo es de un bien cierto la memoria,
que el recuerdo de un bien sólo soñado!

EPISODIO SEGUNDO

ÉGLOGA QUINTA

LA PARTIDA

EL AMADO.—LA AMADA.

Toda expresiva de tristeza, ella, en traje de romera, está a la puerta de la morada. Él rodéale la cintura con la diestra, y en su rostro se refleja la melancolía de los instantes solemnes.

En los campos, Flora, al sol de la mañana, se muestra ataviada, como Salomón en los días de su gloria.

LA AMADA

Amado, ya me voy. Bebí tu vino,
a tu mesa comí, puse a tus lares

las primicias de Abril: miel, azahares
y nenúfar del lago cristalino.

Tiempo es ya de que cumpla mi destino;
me aguarda el humo azul de mis hogares.

EL AMADO

¡Dios bendiga tus años si tornares!
Anda en paz y no olvides el camino.

LA AMADA

Por Julio tornaré, cuando en las lomas
se besen, zureando, las palomas,
y enrojezcan las tardes como fraguas,

y fulguren las rubias *maravillas*
y broten las moradas *tempranillas*
y se anuncien los truenos de las aguas.

EL AMADO

Escucha: si al tornar, a los confines
del predio no salí para besarte,
ni corren jubilosos a encontrarte,
meneando la cola, mis mastines,

ni inquieras, ni preguntes, ni festines
los ecos a tu voz; déjame y parte.
Dormiré, fatigado de aguardarte,
al abrigo del soto de jazmines.

Dormiré para siempre... No me llores;
entre flores nací, yazgo entre flores,
y encontré, más dichoso que los sabios,

que es amable y fecunda la existencia
si se lleva un fulgor en la conciencia
y una gota de miel entre los labios.

ÉGLOGA SEXTA

EN MARCHA

LA AMADA *(sola)*.—EL AMADO *(solo)*.

La Amada marcha contemplativa por los senderos, inclinándose de cuando en cuando para coger una flor que aspira y se prende a los cabellos.

Los mil rumores del campo la rodean.

El sol luce en lo alto del cielo como un escudo de bronce prendido a una tienda de campaña inmensa y azul.

LA AMADA

Arroyo de cristales bullidores
que finges, al correr entre las gramas,
hidra inmensa de nítidas escamas,
clarosonante ruta de colores:

Campiñas en que vagan los olores
del anís, del tomillo y las retamas:
nidos que desgranáis entre las ramas
vuestros trémulos cánticos de amores:

Sabed que soy feliz, pues fuí querida;
que en una hora de amor viví una vida,
y que a todos los vientos que encontrare

un mensaje daré para el Amado:
«¡Oh, viento, gran suspiro perfumado,
olvídeme de mí si le olvidare!»

EL AMADO

Pensativo a la vera del camino, mirando desvanecerse gloriosamente la tarde.

Fatigaré para seguir tus huellas
el mundo, de hoy en más eriazo y frío,
y oiréis, hoscas montañas, valle umbrío,
el clamor de mis lánguidas querellas.

En las noches de Abril, mansas y bellas,
levantando mis ojos al vacío:
—¿Habéis visto a la que ama el pecho mío?,
preguntaré llorando a las estrellas.

Y piadosos, el valle y las montañas,
conociendo mis íntimos dolores
y movidos tal vez de mi quebranto,

me dirán con la voz de sus entrañas:
—¡Vas a ver cómo vuelve! Ya no llores.
Y yo responderé: ¡La quiero tanto!

ÉGLOGA SÉPTIMA

LAS GRANDES VOCES

EL VALLE.—LAS MONTAÑAS.—EL AMADO.

Desgarrando el silencio de un atardecer en que tiembla ya el oro pálido de las estrellas, dos grandes voces, la del Valle y la de las Montañas, surgen a la invocación del Amado, coreadas a lo lejos por los clamores del Angelus.

Pasan fatigados los últimos vientos.

Del crepúsculo queda una nube roja, herida de muerte, que se arrastra penosamente por el cielo.

Hace frío.

El Amado escucha, y después se pierde melancólico en la morada, ya obscura, ya huérfana de *ella,* donde celebró su misa de amor.

EL VALLE *(al Amado)*

¡Qué sé yo de tu mal! Callo y germino
bajo todas las vidas y dolores;
mis solos pensamientos son las flores
y las matas que huella el peregrino...

Mortal, ¡qué se me da de tu destino!
Mortal, ¡qué se me da de tus clamores!
Ven, ahoga en mi seno tus amores:
de tu carne haré rosas del camino.

Ven a mí, ya no robes a Deméter
sus jugos y su fósforo, ni al éter
los gases de tu cuerpo. Ven inerme

a yacer en mi túnica inconsútil.
El hombre, cuando vive, es menos útil
a la eterna creación que cuando duerme

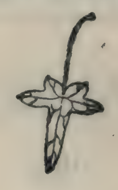
LAS MONTAÑAS *(al Amado)*

¡Oh, mortal! Es en vano que renueves
tus suspiros, tus quejas y tus rimas:
glaciales somos, ¡ay!, cual nuestras cimas
hopadas *in eternum* por las nieves.

¡Oh, cuánto yerras si a esperar te atreves
que con tus pobres cantos nos animas!
No podremos mezclar, aun cuando gimas,
una gota de miel al mal que pruebes.

Arrugas milenarias del planeta,
guardamos un enigma en cada grieta,
que el rayo con fulgores instantáneos

no logra penetrar; y siempre mudas
nos hallarás, de compasión desnudas,
rasgando el cielo azul con nuestros cráneos.



EPISODIO TERCERO

ÉGLOGA OCTAVA

EL REPROCHE

EL AMADO.—LA MUSA.

La sombra de la estancia en que el Amado pena, muestra de pronto un leve florecimiento de luz.

De la tiniebla surge, visible e inmaterial al propio tiempo, como un peri-espíritu, la Musa. Esbelta como Ligeia, encarna en su hermosura augusta toda la belleza clásica y toda la inquietante belleza moderna.

Hay en sus ojos la plenitud del ensueño.

Su voz penetra al alma sin el intermedio del oído, como el dardo de una música taumaturga.

Está celosa de la Amada, y la inflexión de su acento es de divino reproche.

LA MUSA I

¡Ah! ¡Tú ya me desdeñas! No te mueve
la pena sin medida que me embarga,
y tu cruel desamor halla muy larga
la vida que mi sueño halló tan breve.

¡Quién habrá que los éxtasis renueve
de un amor que fué vuelo y que hoy es carga,
de un amor que fué miel y que hoy amarga,
de un amor que fué llama y que hoy es nieve!

¡Y pensar que en las noches invernales,
cuando enfermo, sin fe, sin ideales,
lamentabas del sino los excesos,

enjugué de tu llanto el mar salobre,
partí tu duro tálamo de pobre
y sollozando te arropé en mis besos!

LA MUSA II

Como madre que vela y se consume
contemplando la cuna de su niño,

como garza que arropa en el armiño
de su blando plumón al hijo implume;

como hábil hortelano que resume
su esfuerzo en un botón que pide aliño,
el capullo celé de tu cariño
por ver si daba flor y era perfume.

Que lo digan la rosa y los claveles,
que lo digan las dalias de caireles
matizados, la fucsia y la violeta...

¡Y todo para qué! Para que un día
otros labios bebieran ambrosía
en el lirio ideal de mi poeta!

EL AMADO

¡Basta, Musa, consuélate, no llores!
¿Quién osara decirte, dueño mío,
que pago tus piedades con desvío
deshojando tus flores y mis flores?

Hombre soy y me rindo a los amores;
mas enlazo a los dos en mi albedrío,

como enlaza dos márgenes un río,
como enlaza un matiz a dos colores.

Ya no penes, por Dios; en giro ledo
ven a mí como ayer, y sin agravios
con ósculo de paz mi boca sella.

LA MUSA

No, no quiero acercarme: tengo miedo
de hallar, trémulo aún entre tus labios,
al quererte besar, el beso de ella...

EL AMADO

Si vieras a mi novia, holgando quejas
envidiaras el ímpetu inseguro
de la humilde parásita del muro
que sube a darle flores a sus rejas.

Es tan linda que tú te le asemejas;
hechizo es su mirar, su voz conjuro,
y geranio de olor su aliento puro
y pétalos rizados sus orejas.

De sus labios destilan ricas mieles,
son aleros de seda sus pestañas,
y tiene en sus mejillas tentadoras

los perfumes de todos los vergeles,
las frescuras de todas las montañas
y las rosas de todas las auroras.

LA MUSA

Y yo... ¿no soy hermosa? ¡Quién resiste
a mis ojos! Mis ojos, bien amado,
son dos lotos de cáliz azulado
que tiemblan sobre un mar sereno y triste.

Mi cabello es un haz que se reviste
del más bello matiz tornasolado;
mis cejas son dos alas que han posado
su vuelo sideral cuando las viste.

Mis labios, exquisitos cual manjares
de la mesa del rey, cantan ufanos
los versos del Cantar de los cantares;

dos tréboles de nácar son mis manos;
mis senos, dos colinas de azahares;
mis pies, dos leves párvulos hermanos.

EL AMADO

Amiga, es la verdad: nadie pregona
sus encantos mejor; tu frente brilla
como un orto de sol; tu faz humilla
la belleza ideal de una madona.

Tu amor es mi angustia y mi corona,
mi cielo está en tu rostro sin mancilla;
pero ella es la mujer de mi costilla,
mi dómina, mi carne, mi varona.

Eres alta, ella humilde; tú eres astro,
ella sólo mortal; mas cuando arrastro
la cruz de mi pasión, mientras tú sueñas,

ella, en pos de mi Gólgota bendito,
me sigue como humilde corderito,
dejando su toisón entre las breñas.

La musa se pierde suspirando en la sombra.

EPISODIO CUARTO

ÉGLOGA NOVENA

EL RETORNO

LA AMADA.—EL AMADO.

La Amada, como la Esposa de los Cantares, se encamina en busca del Amado, en medio de un paisaje plácido y riente.

Los trigos dorados ondulan fingiendo un raudal de cabelleras rubias, como si a la tierra hubiesen caído todas las de los ángeles.

En la voz de la Amada hay júbilo y esperanza.

El amor hincha su seno redondo, como si bajo de su justillo se esponjase una paloma.

LA AMADA

Perfuman las mandrágoras (1); las flores
se yergen titilantes de rocío,
y esmaltan sementeras y baldío
como estrellas de vívidos colores.

La caterva riente de pastores
aléjase jovial del caserío,
a la vera del úber sembradío
donde cuaja la espiga sus primores.

Ya llegan del portal a las ruínas,
piando de placer, las golondrinas;
ya procuran las garzas los ribazos;

ya vuelve el pato azul a los juncales,
ya regresa el gorrión a los trigales,
y yo torno, mi bien, hacia tus brazos!

(1) I. Cant. de los cant.

EL AMADO

Mientras tú estabas lejos del Esposo,
fué perenne espejismo del sentido
tu nombre, que es arrullo en el oído
y en los labios almíbar deleitoso.

A causa del aroma delicioso
que tienes en los labios escondido,
tu nombre es un aroma difundido
por las alas del viento nemoroso.

Oh, vuelve a mí; te aspiraré anhelante
cual saquito de mirra perfumada,
Sulamita gentil (aunque morena

porque el sol ha mirado tu semblante) (1).
Ven a mí: ya te aguarda en la majada,
modulando sus églogas, mi avena.

---

(1) I. Cant. de los cant.



EPISODIO QUINTO

ÉGLOGA DÉCIMA

EL DESPERTAR

El Amado.—La Amada.

El iris ha desaparecido; perdió su oro la mariposa; el prisma yace roto... el amor se fué.

El Amado despierta y contempla a la Amada, que duerme a su lado, como se contempla en una orgía, al fulgor del amanecer, los rostros marchitos y las flores muertas.

El invierno llega a la heredad; el cielo es limpio, desteñido y triste; flotan grumos de escarcha como guiñapos de ilusión y de inocencia.

Las hojas caen, caen, caen...

EL AMADO I

Mujer, ¿bajo qué luz, bajo qué prisma
amé tus ojos y seguí tu huella,
que hoy, rota la ilusión, eres *aquélla*
y eres *otra* a la vez, en raro cisma?

Contradicción humana que me abisma,
sarcasmo formidable de mi estrella...
Fuiste luz y eres noche... Fuiste bella
y eres sombra tan sólo de ti misma.

Soñé que te quería en un remoto
Paraíso de amor; pero ya roto
el encanto mirífico, despierto,

y encuentra por su mal el alma esquiva
una pobre mujer, ardiente y viva,
y un ensueño de amor, helado y muerto!

EL AMADO II

Corazón, corazón, tú que blasonas
de la gloria de amar... amaste en vano...

Era carne no más, era gusano
la sien que circundabas de coronas.

¿Por qué lates, qué buscas, qué pregonas?
Amor es fuego fatuo de pantano.
Ven, maldice al amor, como el enano
nibelungo en las fábulas teutonas.

Ven, maldice al amor: Petrarca, Dante,
Tasso, Shakespeare, Musset, ¡oh! cuán distante
estaba la mujer de vuestra meta!

A la mujer divinizasteis; pero
como Job del infecto estercolero,
surgió siquiera incólume el poeta.

LA AMADA

Alejándose inmensamente triste... hacia la muerte.

Nubes, auras, perfumes, tarde umbría,
valles, montes de azur... por donde fuere
os irá preguntando el alma mía:
decid, ¿hay duelo igual al que me hiere?

Mi amor, mi solo bien, fué luz de un día:
surgió, brilló... tramonta y se me muere!
El amigo que tanto me quería
y a quien tanto adoré, ya no me quiere...

Su numen me vistió de resplandores,
sus estrofas cantaron mi belleza,
su joven fantasía me dió galas;

mas pasó la ilusión como las flores,
y he aquí que languidezco de tristeza
de ya no poseer iris ni alas.



EPILOGO

Invocación a la Musa.

La Amada ha muerto, asesinada por el Desencanto. El Amado, hijo pródigo del verdadero Ideal, se vuelve arrepentido hacia la Musa, que es el Arquetipo inmutable, perennemente joven y perennemente bello.

A medida que la invoca, la Musa se condensa en formas de luz, le reprocha maternalmente su desvarío y por fin le ampara.

Suenan entonces los címbalos de la eterna gloria, y en el alma del Amado hay un florecimiento de astros.

EL AMADO *(a la Musa).*

Vuelvo a ti con ternuras infinitas
en demanda de paz; está cansado

mi báculo de haber peregrinado
en pos de amor y recogiendo cuitas.

Tú sola ni te vas ni te marchitas;
tú sola eres verdad, ¡oh dueño amado!
¡Vieras! ya nada tengo... he deshojado
con fiebre de placer mis margaritas.

Ampárame y alivia mis congojas;
en mi vida sin fe caen las hojas
y ni un pétalo queda ni un retoño.

Te dejé con el alma en primavera,
y torno a tu regazo con la austera
tristeza de las tardes del otoño.

LA MUSA

Pena, pena, tus lágrimas apura
y redímete así, pues que quisiste
trocar a la mujer, que es *carne triste*,
en Beatriz de tu vida: *selva obscura*.

La mujer es la carne, que fulgura
con fulgor de ilusión, mientras resiste.
Después... ido el fulgor, sólo persiste
el dejo del pecado y de la hartura.

Llora, llora tu sueño hecho pedazos,
y luego ven y duérmete en mis brazos;
yo soy la sola esposa que no hastío,

yo soy la sola flor nunca marchita.
Hero, *Laura*, *Julieta*, *Margarita*:
¡yo soy! ven a las nupcias, dueño mío!

EL AMADO

Oh mi reino interior, refugio abierto
a todos los cansancios: te columbra
a lo lejos mi mal, como vislumbra
la angustia de los náufragos un puerto.

Agar abandonada en el desierto,
bajo un sol que abochorna y que deslumbra,

mi espíritu soñaba en la penumbra
deleitosa y tranquila de tu huerto!

....

No más vida exterior: ámenla otros.
La beldad está dentro de nosotros
y en mi mente inmortal veré sus huellas.

Pedí cielo y estrellas al abismo,
y hallé, tras largo viaje, que en mí mismo
llevaba sin saber cielo y estrellas.

ENVIO

A SANTA

A ti, que con un ímpetu que asombra
caminas hacia Dios, tu eterno dueño,
y vives en el Sueño como un sueño
y en la Sombra te duermes como sombra:

Por tu labio que a Cristo sólo nombra,
y tu carne que sangra en duro leño,
y tus pies abnegados cuyo empeño
es hallar muchos cardos por alfombra;

A ti, vaso de amor y de tristeza
que ves en el martirio una grandeza
más alta que las nubes y las cimas,

a ti, *Santa*, mi numen te dedica
este libro, que al sueño glorifica
con la gloria inefable de las rimas.





LA HERMANA AGUA

1901



LA HERMANA AGUA

(DE LOS POEMAS PANTEÍSTAS)

Hermana Agua, alabemos al Señor.
(Espíritu de San Francisco de Asís.)

A QUIEN VA A LEER

Un hilo de agua que cae de una llave imperfecta; un hilo de agua, manso y diáfano, que gorjea toda la noche y todas las noches cerca de mi alcoba, que canta a mi soledad y en ella me acompaña; un hilo de agua: ¡qué cosa tan sencilla! Y, sin embargo, esas gotas incesantes y sonoras me han enseñado más que los libros.

El alma del Agua me ha hablado en la sombra, —el alma santa del Agua—, y yo la he oído con re-

cogimiento y con amor. Lo que me ha dicho está escrito en páginas que pueden compendiarse así: *ser dócil, ser cristalino: ésta es la ley y los profetas;* y tales páginas han formado un poema.

Yo sé que quien lo lea sentirá el suave placer que yo he sentido al escucharlo de los labios de *Sor Aqua*, y éste será mi galardón en la prueba, hasta que mis huesos se regocijen en la gracia de Dios.

EL AGUA QUE CORRE BAJO LA TIERRA

Yo canto al Cielo porque mis linfas ignoradas
hacen que fructifiquen las savias; las llanadas,
los sotos y las lomas por mí tienen frescura.
Nadie me mira, nadie; mas mi corriente obscura
se regocija luego que llega primavera,
porque si dentro hay sombras, hay muchos tallos fuera.

Los gérmenes conocen mi beso cuando anidan
bajo la tierra, y luego que son flores me olvidan.
Lejos de sus raíces las corolas felices
no se acuerdan del agua que regó sus raíces...
¡Qué importa! yo alabanzas digo a Dios con voz suave.
La flor no sabe nada, ¡pero el Señor sí sabe!

Yo canto a Dios corriendo por mi ignoto sendero,
dichosa de antemano; porque seré venero
ante la vara mágica de Moisés; porque un día
vendrán las caravanas hacia la linfa mía;
porque mis aguas dulces, mientras que la sed matan,
el rostro beatífico del sediento retratan
sobre el fondo del cielo, que en los cristales yerra;
porque copiando el cielo lo traslado a la tierra,
y así el creyente triste que en él su dicha fragua,
bebe, al beberme, el cielo que palpita en mi agua,
y como en ese cielo brillan estrellas bellas,
el hombre que me bebe comulga con estrellas.

Yo alabo al Señor bueno porque, con la infinita
pedrería que encuentro de fuegos policromos,
forjo en las misteriosas grutas la estalactita,
pórtico del alcázar de ensueño de los gnomos;
porque en ocultos senos de la caverna umbría
doy de beber al monstruo que tiene miedo al día.
¡Qué importa que mi vida bajo la tierra acabe!
Los hombres no lo saben, pero Dios sí lo sabe.

Así me dijo el Agua que discurre por los
antros, y yo: —Agua hermana, bendigamos a Dios.

EL AGUA QUE CORRE SOBRE LA TIERRA

Yo alabo al cielo porque me brindó en sus amores
para mi fondo gemas, para mi margen flores;
porque cuando la roca me muerde y me maltrata,
hay en mi sangre (espuma) filigranas de plata;
porque cuando al abismo ruedo en un cataclismo,
adorno de arco iris triunfales el abismo,
y el rocío que salta de mis espumas blancas
riega las florecitas que esmaltan las barrancas;
porque a través del cauce llevando mi caudal,
soy un camino que anda, como dijo Pascal;
porque en mi gran llanura donde la brisa vuela,
deslízanse los élitros nevados de la vela;
porque en mi azul espalda que la quilla acuchilla,
mezo, aduermo y soporto la audacia de la quilla,
mientras que no conturba mis ondas el Dios fuerte,
a fin de que originen catástrofes de muerte,
y la onda que arrulla sea onda que hiere...
¡Quién sabe los designios de Dios que así lo quiere!

Yo alabo al cielo porque en mi vida errabunda
soy Niágara que truena, soy Nilo que fecunda,

maelstroom de remolino fatal, o golfo amigo;
porque, mar, dí la vida, y, diluvio, el castigo.

Docilidad inmensa tengo para mi dueño:
Él me dice: «Anda», y ando; «Despéñate», y despeño
mis aguas en la sima de roca, que da espanto;
y canto cuando corro, y al despeñarme canto,
y cantando mi linfa, tormentas o iris fragua,
fiel al Señor...
—Loemos a Dios, hermana Agua.

LA NIEVE

Yo soy la movediza perenne; nunca dura
en mí una forma; pronto mi ser se transfigura,
y ya entre guijas de ónix cantando peregrino,
ya en témpanos helados, detengo mi camino,
ya vuelo por los aires trocándome en vapores,
ya soy iris en polvo de todos los colores
o rocío que asciende, o aguacero que llueve...
Mas Dios también me ha dado la albura de la nieve,
la albura de la nieve enigmática y fría
que cae de los cielos como una eucaristía,

que por los puntiagudos techos resbala leda
y que cuando la pisan cruje como la seda.

Cayendo silenciosa, de blanco al mundo arropo.
Subí a la altura niebla, desciendo al suelo copo;
subí gris de los lagos que la quietud estanca,
y bajo blanca al mundo... ¡Oh, qué bello es ser blanca!

¿Por qué soy blanca? En premio del sacrificio mío,
porque tirito para que nadie tenga frío,
porque mi lino todos los fríos almacena
¡y Dios me torna blanca por haber sido buena!
¿Verdad que es llevadera la palma del martirio
así? Yo caigo como los pétalos de un lirio
de lo alto, y no pudiendo cantar mi canción pura
con murmurios de linfa, la canto con blancura.

La nitidez es ruego, la albura es himno santo;
ser blanca es orar; siendo yo, pues, blanca, oro y canto
Ser luminosa es otro de los cantos mejores:
¿no ves que las estrellas salmodian con fulgores?

Por eso el rey poeta dijo en himno de amor:
«El firmamento narra la gloria del Señor.»

Sé tú como la Nieve que inmaculada llueve.

Y yo clamé: —Alabemos a Dios, hermana Neive.

EL HIELO

Para cubrir los peces del fondo, que agonizan
de frío, mis piadosas ondas se cristalizan,
y yo, la inquietüela, cuyo perenne móvil
es variar, enmudezco, me aduermo, quedo inmóvil.
¡Ah! Tú no sabes cómo padezco nostalgía
de sol bajo esa blanca sabana siempre fría!
Tú no sabes la angustia de la ola que inmola
sus ritmos ondulantes de mujer, —su sonrisa—,
al frío, y que se vuelve—mujer de Loth—banquisa:
ser banquisa es ser como la estatua de la ola.

Tú ignoras esa angustia; mas yo no me rebelo,
y ansiosa de que en todo mi Dios sea loado,
desprendo radiaciones al bloque de mi hielo,
y en vez de azul oleaje soy témpano azulado.

Mis crestas en las noches del polo son fanales,
reflejo el rosa de las auroras boreales,
la luz convaleciente del sol, y con deleite
de Seraphita, yergo mi cristalina roca
por donde trepan lentos los morsos y la foca,
seguidos de lapones hambrientos de su aceite...
¿Ya ves cómo se acata la voluntad del cielo?
Y yo recé: —Loemos a Dios, hermano Hielo.

EL GRANIZO

¡Tin tin, tin tin! Yo caigo del cielo, en insensato
redoble al campo y todos los céspedes maltrato.
¡Tin tin! ¡Muy buenas tardes, mi hermana la pradera!
Poeta, buenas tardes, ¡ábreme tu vidriera!
Soy diáfano y geométrico, tengo esmalte y blancura
tan finos y suaves como una dentadura,
y en un derroche de ópalos blancos me multiplico.
La linfa canta, el copo cruje, yo... yo repico!
Tin tin, tin tin, mi torre es la nube ideal,
¡oye mis campanitas de límpido cristal!
La nieve es triste, el agua turbulenta, yo sin
ventura, soy un loco de atar, tin tin, tin tin!
¿...Censuras? No por cierto, no merezco censuras;

las tardes calurosas por mí tienen frescuras,
yo lucho con el hálito rabioso del verano
y soy bello...
—Loemos a Dios, Granizo hermano.

EL VAPOR

El Vapor es el alma del agua, hermano mío,
así como sonrisa del agua es el rocío,
y el lago sus miradas y su pensar la fuente;
sus lágrimas, la lluvia; su impaciencia, el torrente,
y los ríos sus brazos; su cuerpo, la llanada
sin coto de los mares, y las olas sus senos;
su frente, las neveras de los montes serenos,
y sus cabellos de oro líquido, la cascada.

Yo soy alma del agua, y el alma siempre sube:
las transfiguraciones de esa alma son la nube,
su Tabor es la tarde real que la empurpura:
como el agua fué buena, su Dios la transfigura...
Y ya es el albo copo que en el azul rïela,
ya la zona de fuego, que parece una estela,
ya el divino castillo de nácar, ya el plumaje

de un pavo hecho de piedras preciosas, ya el encaje
de un abanico inmenso, ya el cráter que fulgura...
Como el agua fué buena, su Dios la transfigura.

—¡Dios! Dios siempre en tus labios está como en un templo,
Dios, siempre Dios... ¡en cambio yo nunca le contemplo!
¿Por qué si Dios existe no deja ver sus huellas,
por qué taimadamente se esconde a nuestro anhelo,
por qué no se halla escrito su nombre con estrellas
en medio del esmalte magnífico del cielo?

—Poeta, es que lo buscas con la ensoberbecida
ciencia, que exige pruebas y cifras al abismo...
Asómate a las fuentes obscuras de tu vida,
y allí verás su rostro: tu Dios está en ti mismo.
Busca el silencio y ora: tu Dios execra el grito;
busca la sombra y oye: tu Dios habla en lo arcano;
depón tu gran penacho de orgullo y de delito...
—Ya está.
—¿Qué ves ahora?
—La faz del Infinito.
—¿Y eres feliz?
—Loemos a Dios, Vapor hermano.

LA BRUMA

La Bruma es el ensueño del agua, que se esfuma
en leve gris. ¡Tú ignoras la esencia de la Bruma!
La Bruma es el ensueño del agua, y en su empeño
de inmaterializarse lo vuelve todo ensueño.
A través de su velo mirífico, parece
como que la materia brutal se desvanece:
la torre es un fantasma de vaguedad que pasma;
todo en su blonda envuelto, se convierte en fantasma,
y el mismo hombre que cruza por su zona quïeta
se convierte en fantasma, es decir, en silueta.
La Bruma es el ensueño del agua, que se esfuma
en leve gris. ¡Tú ignoras la esencia de la Bruma,
de la Bruma que sueña con la aurora lejana!
Y yo dije: — ¡Ensalcemos a Dios, oh Bruma hermana!

LAS VOCES DEL AGUA

—Mi gota busca entrañas de roca y las perfora.
—En mí flota el aceite que en los santuarios vela.
—Por mí raya el milagro de la locomotora
la pauta de los rieles. —Yo pinto la acuarela.

—Mi bruma y tus recuerdos son por extraño modo
gemelos; ¿no ves cómo lo divinizan todo?
—Yo presto vibraciones de flautas prodigiosas
a los vasos de vidrio. —Soy triaca y enfermera
en las modernas clínicas. —Y yo, sobre las rosas,
turiferario santo del alba en primavera.
—Soy pródiga de fuerza motriz en mi caída.
—Yo escarcho los ramajes.—Yo en tiempos muy remotos
dí un canto a las sirenas. —Yo, cuando estoy dormida,
sueño sueños azules, y esos sueños son lotos.
—Poeta, que por gracia del cielo nos conoces,
¿no cantas con nosotras?
—Sí canto, hermanas Voces.

EL AGUA MULTIFORME

«El Agua toma siempre la forma de los vasos
que la contienen», dicen las ciencias que mis pasos
atisban y pretenden analizarme en vano:
yo soy la resignada por excelencia, hermano.
¿No ves que a cada instante mi forma se aniquila?
Hoy soy torrente inquieto y ayer fuí agua tranquila;
hoy soy, en vaso esférico, redonda; ayer, apenas
me mostraba cilíndrica en las ánforas plenas,

y así pitagorizo mi ser, hora tras hora:
hielo, corriente, niebla, vapor que el día dora,
todo lo soy, y a todo me pliego en cuanto cabe;
¡Los hombres no lo saben, pero Dios sí lo sabe!

¡Por qué tú te rebelas! ¡Por qué tu ánimo agitas!
¡Tonto! ¡Si comprendieras las dichas infinitas
de plegarse a los fines del Señor que nos rige!
¿Qué quieres? ¿Por qué sufres? ¿Qué sueñas? ¿Qué te aflige?
¡Imaginaciones que se extinguen en cuanto
aparecen... En cambio yo canto, canto, canto!
Canto, mientras tú penas, la voluntad ignota;
canto cuando soy linfa; canto cuando soy gota,
y al ir, Proteo extraño, de mi destino en pos,
murmuro: —¡Que se cumpla la santa ley de Dios!

¡Por qué tantos anhelos sin rumbo tu alma fragua!
¿Pretendes ser dichoso? Pues bien: sé como el agua;
sé como el agua, llena de oblación y heroísmo,
sangre en el cáliz, gracia de Dios en el bautismo;
sé como el agua, dócil a la ley infinita,
que reza en las iglesias en donde está bendita,
y en el estanque arrulla meciendo la piragua.

¿Pretendes ser dichoso? Pues bien: sé como el agua;
viste cantando el traje de que el Señor te viste,
y no estés triste nunca, que es pecado estar triste.
Deja que en ti se cumplan los fines de la vida;
sé declive, no roca; transfórmate y anida
donde al Señor le plazca, y al ir del fin en pos,
murmura: ¡Que se cumpla la santa ley de Dios!
Lograrás, si lo hicieres así, magno tesoro
de bienes: si eres bruma, serás bruma de oro;
si eres nube, la tarde te dará su arrebol;
si eres fuente, en tu seno verás temblando al sol;
tendrán filetes de ámbar tus ondas, si laguna
eres, y si oceano, te plateará la luna.
Si eres torrente, espuma tendrás tornasolada,
y una crencha de arco iris en flor, si eres cascada.

* * *

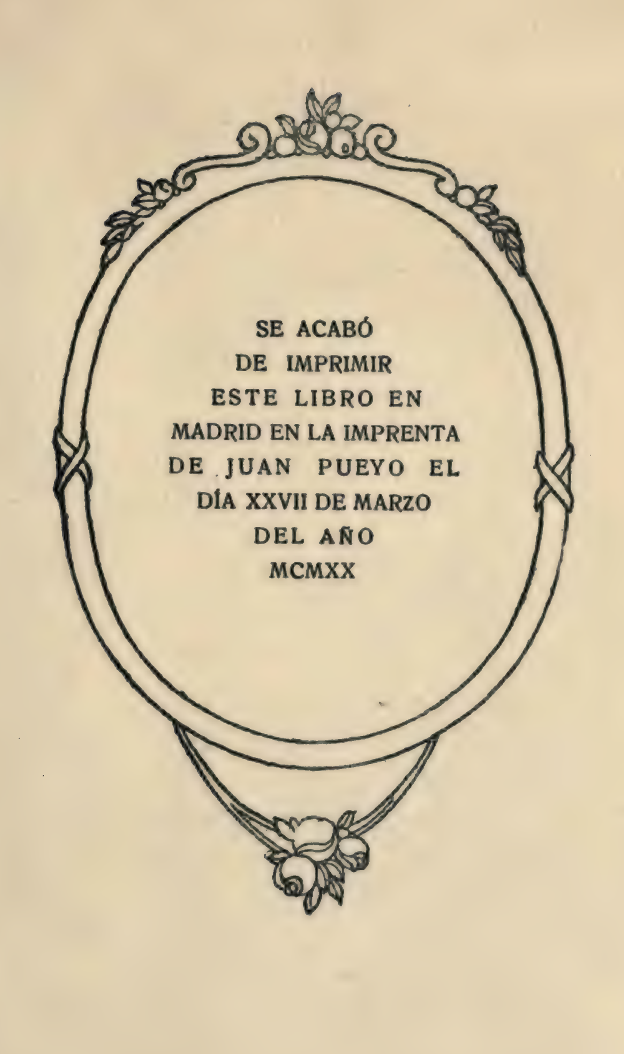
Así me dijo el Agua con místico reproche,
y yo, rendido al santo consejo de la Maga,
sabiendo que es el Padre quien habla entre la noche,
clamé con el Apóstol:—*Señor ¿qué quieres que haga?*

París, Enero de 1901.



INDICE

Índice


SE ACABÓ
DE IMPRIMIR
ESTE LIBRO EN
MADRID EN LA IMPRENTA
DE JUAN PUEYO EL
DÍA XXVII DE MARZO
DEL AÑO
MCMXX





